
Cuentos Frágiles

Manuel Gutiérrez Nájera

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6051

Título: Cuentos Frágiles

Autor: Manuel Gutiérrez Nájera

Etiquetas: Cuentos, Colección

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 12 de diciembre de 2020

Fecha de modificación: 12 de diciembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La balada de año nuevo

En la alcoba silenciosa, muelle y acolchonada apenas se oye la suave respiración del enfermito. Las cortinas están echadas; la veladora esparce en derredor su luz discreta, y la bendita imagen de la Virgen vela a la cabecera de la cama. Bebé está malo, muy malo... Bebé se muere...

El doctor ha auscultado el blanco pecho del enfermo; con sus manos gruesas toma las manecitas diminutas del pobre ángel, y, frunciendo el ceño, ve con tristeza al niño y a los padres. Pide un pedazo de papel; se acerca a la mesilla veladora, y con su pluma de oro escribe... escribe. Sólo se oye en la alcoba, como el pesado revoloteo de un moscardón, el ruido de la pluma corriendo sobre el papel, blanco y poroso. El niño duerme; no tiene fuerzas para abrir los ojos. Su cara, antes tan halagüeña y sonrosada, está más blanca y transparente que la cera: en sus sienes se perfila la red azulosa de las venas. Sus labios están pálidos, marchitos, despellejados por la enfermedad. Sus manecitas están frías como dos témpanos de hielo... Bebé está malo... Bebé está muy malo... Bebé se va a morir...

Clara no llora; ya no tiene lágrimas. Y luego, si llorara, despertaría a su pobre niño. ¿Qué escribirá el doctor? ¡Es la receta! ¡Ah, sí Clara supiera, lo aliviaría en un solo instante! Pues qué, ¿nada se puede contra el mal? ¿No hay medios para salvar una existencia que se apaga? ¡Ah! ¡Sí los hay, sí debe haberlos; Dios es bueno, Dios no quiere el suplicio de las madres; los médicos son torpes, son desamorados; poco les importa la honda aflicción de los amantes padres; por eso Bebé no está aliviado aún; por eso Bebé sigue muy malo; por eso Bebé, el pobre Bebé se va a morir! Y Clara dice con el llanto en los ojos:

–¡Ah! ¡Si yo supiera!

La calma insoportable del doctor la irrita. ¿Por qué no lo salva? ¿Por qué no le devuelve la salud? ¿Por qué no le consagra todas sus vigiliass, todos sus afanes, todos sus estudios? ¿Qué, no puede? Pues entonces de nada sirve la medicina: es un engaño, es un embuste, es una infamia. ¿Qué han hecho tantos hombres, tantos sabios, si no saben ahorrar este dolor al corazón, si no pueden salvar la vida a un niño, a un ser que no ha hecho mal a nadie, que no ofende a ninguno, que es la sonrisa, y es la luz, y es el perfume de la casa?

Y el doctor escribe, escribe. ¿Qué medicina le mandará? ¿Volverá a martirizar su carne blanca con esos instrumentos espantosos?

–No, ya no –dice la madre–, ya no quiero. El hijo de mi alma tuerce sus bracitos, se disloca entre esas manos duras que lo aprietan, vuelve los ojos en blanco, llora, llora mucho, ruega, grita, hasta que ya no puede, hasta que la fuerza irresistible del dolor le vence, y se queda en su cuna, quieto, sin sentido y quejándose aún, en voz muy baja, de esos cuchillos, de esas tenazas, de esos garfios que lo martirizan, de esos doctores sin corazón que tasajean su cuerpo, y de su madre, de su pobre madre que lo deja solo. No, ya no quiero, ya no quiero esos suplicios. Me atan a mí también; pero me dejan libres los oídos para que pueda oír sus lágrimas, sus quejas.

¡Lo escucho y no puedo defenderlo: veo que lo están matando y lo consiento!

El niño duerme y el doctor escribe, escribe.

–Dios mío, Dios mío, no quieras que se muera; mándame otra pena, otro suplicio: lo merezco. Pero no me lo arranques, no, no te lo lleves. ¿Qué te ha hecho? Y Clara ahoga sus sollozos, muerde su pañuelo, quiere besarlo y abrazarlo (¡acaso esas caricias sean las últimas!), pero el pobre

enfermito está dormido y su mamá no quiere que despierte.

Clara lo ve, lo ve constantemente con sus grandes ojos negros y serenos, como si temiera que, al dejar de mirarlo, se volara al cielo. ¡Cuántos estragos ha hecho en él la enfermedad! Sus bracitos rechonchos hoy están flacos, muy flacos. Ya no se ríen en sus codos aquellos dos hoyuelos tan graciosos, que besaron y acariciaron tanta.; veces. Sus ojos (negros como los de su mamá) están agrandados por las ojeras, por esas pálidas violetas de la muerte. Sus cabellos rubios le forman como la aureola de un santito.

–¡Dios mío, Dios mío, no quiero que se muera!

Bebé tiene cuatro años. Cuando corre, parece que se va a caer. Cuando habla, las palabras se empujan y se atropellan en sus labios. Era muy sano: Bebé no tenía nada. Pablo y Clara se miraban en él y se contaban por la noche sus travesuras y sus gracias, sin cansarse jamás. Pero una tarde Bebé no quiso corretear por el jardín; sintió frío; un dolor agudo se clavó en sus sienes y le pidió a su mamá que lo acostara. Bebé se acostó esa tarde y todavía no se levanta. Ahí están, a los pies de la cama, y esperándole, los botoncitos que todavía conservan en la planta la arena humedecida del jardín.

El doctor ha acabado de escribir, pero no se va. Pues qué, ¿le ve tan malo? El lacayo corre a la botica.

–¡Doctor, doctor, mi niño va a morirse!

El médico contesta en voz muy baja:

–Cálmese usted, que no despierte el niño.

En ese instante llega Pablo. Hace quince minutos que salió de esa alcoba y le parece un siglo. Ha venido corriendo como un loco. Al torcer la esquina no quiso levantar los ojos, por no ver si el balcón estaba abierto. Llega, mira la cara del doctor y las manos enclavijadas de la madre; pero se tranquiliza; el

ángel rubio duerme aún en su cuna –ino se ha ido!–. Un minuto después, el niño cambia de postura, abre los ojos poco a poco, y dice con una voz que apenas suena:

–¡Mamá!, imamá!...

–¿Qué quieres, vida mía? ¿Verdad que estás mejor? ¡Dime qué sientes! ¡Pobrecito mío! Trae acá tus manías, ¡voy a calentarlas! Ya te vas a aliviar, alma de mi alma. He mandado encender dos cirios al Santísimo. La Madre de la Luz ya va a ponerte bueno.

El niño vuelve en derredor sus ojos negros, como pidiendo amparo. Clara lo besa en la frente, en los ojos, en la boca, en todas partes. ¡Ahora sí puede besarlo! Pero en esa efusión de amor y de ternura, sus ojos, antes tan reseco, se cuajan de lágrimas, y Clara no sabe ya si besa o llora. Algunas lágrimas ardientes caen en la garganta del niño. El enfermito, que apenas tiene voz para quejarse, dice:

–¡Mamá, mamá, no llores!

Clara muerde su pañuelo, los almohadones, el colchón de la cunita. Pablo se acerca. Es hora ya de que él también lo bese. Le toca su turno. Él es fuerte, él es hombre, él no llora. Y entretanto, el doctor, que se ha alejado, revuelve la tisana con la pequeña cucharilla de oro. ¿Qué es el sabio ante la muerte? La molécula de arena que va a cubrir con su oleaje el océano.

–Bebé, Bebé, vida mía. Anímate, incorpórate. Hoy es año nuevo. ¿Ves?

Aquí en tu manecita están las cosas que yo te fui a comprar en la mañana. El cucurucho de dulces, para cuando te alivies; el aro con que has de corretear en el jardín; la pelota de colores para que juegues en el patio. ¡Todo lo que me has pedido!

Bebé, el pobre Bebé, preso en su cuna, soñaba con el aire

libre, con la luz del sol, con la tierra del campo y con las flores entreabiertas. Por eso pedía no más esos juguetes.

–Si te alivias, te compraré una corretela y dos borregos blancos para que la arrastren... ¡Pero alíviate, mi ángel, vida mía! ¿Quieres mejor un velocípedo? ¿Sí...? Pero ¿si te caes? Dame tus manos. ¿Por qué están frías? ¿Te duele mucho la cabeza? Mira, aquí está la gran casa de campo que me habías pedido...

Los ojos del enfermito se iluminan. Se incorpora un poco, y abraza la gran caja de madera que le ha traído su papá. Vuelve la vista a la mesilla y mira con tristeza el cucurucho de los dulces.

–Mamá, mamá, yo quiero un dulce.

Clara, que está llorando a los pies de la cama, consulta con los ojos al doctor; éste consiente, y Pablo, descolgando el cucurucho, desata los listones y lo ofrece al niño. Bebé toma con sus deditos amarillos una almendra, y dice:

–Papá, abre tu boca.

Pablo, el hombre, el fuerte, siente que ya no puede más; besa los dedos que ponen esa almendra entre sus labios, y llora, llora mucho.

Bebé vuelve a caer postrado. Sus pies se han enfriado mucho; Clara los aprieta en sus manos, y los besa. ¡Todo inútil! El doctor prepara una vasija bien cerrada y llena de agua casi hirviente. La pone en los pies del enfermito. Éste ya no habla, ya no mira; ya no se queja; nada más tose, y de cuando en cuando, dice con voz apenas perceptible:

–¡Mamá, mamá, no me dejen solo!

Clara y Pablo lloran, ruegan a Dios, suplican, mandan a la muerte, se quejan del doctor, enclavijan las manos, se desesperan, acarician y besan. ¡Todo en vano! El enfermito ya

no habla, ya no mira, ya no se queja: tose, tose. Tuerce los bracitos como si fuera a levantarse, abre los ojos, mira a su padre como diciéndole: «¡Defiéndeme!», vuelve a cerrarlos... ¡Ay! ¡Bebé ya no habla, ya no mira, ya no se queja, ya no tose; ya está muerto!

Dos niños pasan riendo y cantando por la calle:

–¡Mi Año Nuevo! ¡Mi Año Nuevo!

La novela del tranvía

Cuando la tarde se oscurece y los paraguas se abren, como redondas alas de murciélago, lo mejor que el desocupado puede hacer es subir al primer tranvía que encuentre al paso y recorrer las calles, como el anciano Víctor Hugo las recorría, sentado en la imperial de un ómnibus. El movimiento disipa un tanto cuanto la tristeza, y, para el observador, nada hay más peregrino ni más curioso que la serie de cuadros vivos que pueden examinarse en un tranvía. A cada paso el vagón se detiene, y abriéndose camino entre los pasajeros que se amontonan y se apiñan, pasa un paraguas chorreando a Dios dar, y detrás del paraguas la figura ridícula de algún asendereado cobrador, calado hasta los huesos. Los pasajeros ondulan y se dividen en dos grupos compactos, para dejar paso expedito al recién llegado.

Así se dividieron las aguas del Mar Rojo para que los israelitas lo atravesaran a pie enjuto. El paraguas escurre sobre el entarimado del vagón que, a poco, se convierte en un lago navegable. El cobrador sacude su sombrero y un benéfico rocío baña la cara de los circunstantes, como si hubiera atravesado por en medio del vagón un sacerdote repartiendo bendiciones e hisopazos. Algunos caballeros estornudan. Las señoras de alguna edad levantan su enagua hasta una altura vertiginosa, para que el fango de aquel pantano portátil no las manche. En la calle, la lluvia cae conforme a las eternas reglas del sistema antiguo: de arriba para abajo. Mas en el vagón hay lluvia ascendente y lluvia descendente. Se está, con toda verdad, entre dos aguas.

Yo, sin embargo, paso las horas agradablemente encajonado en esa miniaturesca arca de Noé, sacando la cabeza por el ventanillo, no en espera de la paloma que ha de traer un

ramo de oliva en el pico, sino para observar el delicioso cuadro que la ciudad presenta en ese instante. El vagón, además, me lleva a muchos mundos desconocidos y a regiones vírgenes. No, la ciudad de México no empieza en el Palacio Nacional, ni acaba en la calzada de la Reforma. Yo doy a ustedes mi palabra de que la ciudad es mucho mayor. Es una gran tortuga que extiende hacia los cuatro puntos cardinales sus patas dislocadas. Esas patas son sucias y velludas. Los ayuntamientos, con paternal solicitud, cuidan de pintarlas con lodo, mensualmente.

Más allá de la peluquería de Micoló, hay un pueblo que habita barrios extravagantes, cuyos nombres son esencialmente antiaperitivos. Hay hombres muy honrados que viven en la plazuela del Tequesquite y señoras de invencible virtud cuya casa está situada en el callejón de Salsipuedes. No es verdad que los indios bárbaros estén acampados en esas calles exóticas, ni es tampoco cierto que los pieles rojas hagan frecuentes excursiones a la plazuela de Regina. La mano providente que la policía ha colocado un gendarme en cada esquina. Las casas de esos barrios no están hechas de lodo ni tapizadas por dentro de pieles sin curtir. En ellas viven muy discretos caballeros y señoras muy respetables y señoritas muy lindas. Estas señoritas suelen tener novios, como las que tienen balcón y cara a la calle, en el centro de la ciudad.

Después de examinar ligeramente las torcidas líneas y la cadena de montañas del nuevo mundo por que atravesaba, volví los ojos al interior del vagón. Un viejo de levita color de almendra meditaba apoyado en el puño de su paraguas. No se había rasurado. La barba le crecía «cual ponzoñosa hierba entre arenales». Probablemente no tenía en su casa navajas de afeitar... ni una peseta. Su levita necesitaba aceite de bellotas. Sin embargo, la calvicie de aquella prenda respetable no era prematura, a menos que admitamos la teoría de aquel joven poeta, autor de ciertos versos cuya dedicatoria es como sigue:

A la prematura muerte de mi abuelita,

a la edad de 90 años.

La levita de mi vecino era muy mayor. En cuanto al paraguas, vale más que no entremos en dibujos. Ese paraguas, expuesto a la intemperie, debía semejarse mucho a las banderas que los independientes sacan a luz el 15 de septiembre. Era un paraguas calado, un paraguas metafísico, propio para mojarse con decencia. Abierto el paraguas, se veía el cielo por todas partes.

¿Quién sería mi vecino? De seguro era casado, y con hijas. ¿Serían bonitas? La existencia de esas desventuradas criaturas me parecía indisputable. Bastaba ver aquella levita calva, por donde habían pasado las cerdas de un cepillo, y aquel hermoso pantalón con su coqueto remiendo en la rodilla, para convencerse de que aquel hombre tenía hijas. Nada más las mujeres, y las mujeres de quince años, saben cepillar de esa manera. Las señoras casadas ya no se cuidan, cuando están en la desgracia, de esas delicadezas y finuras. Incuestionablemente, ese caballero tenía hijas. ¡Pobrecitas! Probablemente le esperaban en la ventana, más enamoradas que nunca, porque no habían almorzado todavía. Yo saqué mi reloj, y dije para mis adentros:

«Son las cuatro de la tarde. ¡Pobrecillas! ¡Va a darles un vahído!».

Tengo la certidumbre de que son bonitas. El papá es blanco, y si estuviera rasurado no sería tan feote. Además, han de ser buenas muchachas. Este señor tiene toda la facha de un buen hombre. Me da pena que esas chiquillas tengan hambre. No había en la casa nada que empeñar. ¡Cómo los alquileres han subido tanto! ¡Tal vez no tuvieron con qué pagar la casa y el propietario les embargó los muebles! ¡Mala alma! ¡Si estos propietarios son peores que Caín!

Nada; no hay para qué darle más vueltas al asunto: la gente pobre decente es la peor traída y la peor llevada. Esas niñas son de buena familia. No están acostumbradas a pedir. Cosen

ajeno; pero las máquinas han arruinado a las infelices costureras y lo único que consiguen, a costa de faenas y trabajos, es ropa de munición. Pasan el día echando los pulmones por la boca. Y luego, como se alimentan mal y tienen muchas penas, andan algo enfermitas, y el doctor asegura que, si Dios no lo remedia, se van a la caída de la hoja. Necesitan carne, vino, píldoras de fierro y aceite de bacalao. Pero ¿con qué se compra esto? El buen señor se quedó cesante desde que cayó el Imperio, y el único hijo que habría podido ser su apoyo tiene rotas las dos piernas. No hay trabajo, todo está muy caro y los amigos llegan a cansarse de ayudar al desvalido. ¡Si las niñas se casaran!... Probablemente no carecerán de admiradores. Pero como las pobrecitas son muy decentes y nacieron en buenos pañales, no pueden prendarse de los ganapanes ni de los pollos de plazuela. Están enamoradas sin saber de quién, y aguardan la venida del Mesías. ¡Si yo me casara con alguna de ellas!... ¿Por qué no? Después de todo, en esa clase suelen encontrarse las mujeres que dan la felicidad. Respecto a las otras, ya sé bien a qué atenerme.

¡Me han costado tantos disgustos! Nada; lo mejor es buscar una de esas chiquillas pobres y decentes, que no están acostumbradas a tener palco en el teatro, ni carruajes, ni cuenta abierta en la Sorpresa. Si es joven, yo la educaré a mi gusto. Le pondré un maestro de piano. ¿Qué cosa es la felicidad? Un poquito de salud y un poquito de dinero. Con lo que yo gano, podemos mantenernos ella y yo, y hasta el angelito que Dios nos mande. Nos amaremos mucho y como la voy a sujetar a un régimen higiénico se pondrá en poco tiempo más fresca que una rosa. Por la mañana un paseo a pie en el Bosque. Iremos en un coche de a cuatro reales la hora, o en los trenes. Después, en la comida, mucha carne, mucho vino y mucho fierro. Con eso y con tener una casita por San Cosme, con que ella se vista de blanco, de azul o el color de rosa; con el piano, los libros, las macetas y los pájaros, ya no tendré nada que desear.

Una heredad en el bosque:
Una casa en la heredad;
En la casa, pan y amor...
Jesús, ¡qué felicidad!

Además, ya es preciso que me case. Esta situación no puede prolongarse, como dice el gran duque en *La Guerra Santa*. Aquí tengo una trenza de pelo que me ha costado cuatrocientos setenta y cuatro pesos, con un pico de centavos. Yo no sé de dónde los he sacado: el hecho es que los tuve y no los tengo. Nada; me caso decididamente con una de las hijas de este buen señor. Así las saco cíe penas y me pongo en orden. ¿Con cuál me caso?, ¿con la rubia?, ¿con la morena? Será mejor con la rubia... digo, no, con la morena. En fin, ya veremos. ¡Pobrecillas! ¿Tendrán hambre?

En esto, el buen señor se apea del coche y se va. Si no lloviera tanto –continué diciendo en mis adentros– le seguía. La verdad es que mi suegro, visto a cierta distancia, tiene una facha muy ridícula. ¿Qué diría si me viera de bracero con él, la señora de Z? Su sombrero alto parece espejo. ¡Pobre hombre! ¿Por qué no le inspiraría confianza? Si me hubiera pedido algo, yo le habría ciado con mucho gusto estos tres duros. Es persona decente. ¿Habrán comido esas chiquillas?

En el asiento que antes ocupaba el cesante, descansa ahora una matrona de treinta años. No tiene malos ojos; sus labios son gruesos y encarnados; parece que los acaban de morder. Hay en todo su cuerpo bastantes redondeces y ningún ángulo agudo. Tiene la frente chica, lo cual no me agrada porque es indicio de tontera; el pelo negro, la tez morena y todo lo demás bastante presentable. ¿Quién será? Ya la he visto en el mismo lugar y a la misma hora dos... cuatro... cinco... siete veces. Siempre baja del vagón en la plazuela de Loreto y entra a la iglesia. Sin embargo, no tiene cara de mujer devota. No lleva libro ni rosario. Además, cuando llueve a cántaros, como está lloviendo ahora, nadie va a novenarios ni sermones. Estoy seguro de que esa dama lee más las

novelas de Gustavo Droz que el *Menosprecio del mundo* del padre Kempis. Tiene una mirada que, si hablara, sería un grito pidiendo bomberos. Viene cubierta con un velo negro. De esa manera libra su rostro de la lluvia. Hace bien. Si el agua cae en sus mejillas, se evapora, chirriando, como si hubiera caído sobre un hierro candente. Esa mujer es como las papas: no se fíen ustedes, aunque las vean tan frescas en el agua: queman la lengua.

La señora de treinta años va indudablemente al novenario. ¿A dónde va? Con un tiempo como éste nadie sale de su casa, si no es por una grave urgencia. ¿Estará enferma la mamá de esta señora? En mi opinión, esta hipótesis es falsa. La señora de treinta años no tiene madre. La iglesia de Loreto no es una casa particular ni un hospital. Allí no viven ni los sacristanes. Tenemos, pues, que recurrir a otra hipótesis. Es un hecho constante, confirmado por la experiencia, que a la puerta del templo siempre que la señora baja del vagón espera un coche. Si el coche fuera de ella, vendría en él desde su casa. Esto no tiene vuelta de hoja. Pertenece, por consiguiente, a otra persona. Ahora bien, ¿hay acaso alguna sociedad de seguros contra la lluvia o cosa parecida, cuyos miembros paguen coche a la puerta de todas las iglesias, para que los feligreses no se mojen? Claro es que no. La única explicación de estos viajes en tranvía y de estos rezos, a hora inusitada, es la existencia de un amante. ¿Quién será el marido?

Debe ser un hombre acaudalado. La señora viste bien, y si no sale en carruaje para este género de entrevistas, es por no dar en qué decir. Sin embargo, yo no me atrevería a prestarle cincuenta pesos bajo su palabra. Bien puede ser que gaste más de lo que tenga, o que sea como cierto amigo mío, personaje muy quieto y muy tranquilo, que me decía hace pocas noches.

«Mi mujer tiene al juego una fortuna prodigiosa. Cada mes saca de la lotería quinientos pesos. ¡Fijo!».

Yo quise referirle alguna anécdota, atribuida a un administrador muy conocido de cierra aduana marítima. Al encargarse de ella dijo a los empleados:

«Señores, aquí se prohíbe jugar a la lotería. Al primero que se la saque lo echo a puntapiés».

¿Ganará esta señora a la lotería? Si su marido es pobre, debe haberle dicho que esos pendientes que ahora lleva son falsos. El pobre señor no será joyero. En materia de alhajas sólo conocerá a su mujer, que es una buena alhaja. Por consiguiente, la habrá creído. ¡Desgraciado!, ¡qué tranquilo estará en su casa! ¿Será viejo? Yo debo conocerle... ¡Ah!... ¡sí!... ¡es aquél! No, no puede ser; la esposa de ese caballero murió cuando el último cólera. ¡Es el otro! ¡Tampoco! Pero ¿a mí, qué me importa quién sea?

¿La seguiré? Siempre conviene conocer un secreto de una mujer. Veremos, si es posible, al incógnito amante. ¿Tendrá hijos esta mujer? Parece que sí. ¡Infame! Mañana se avergonzarán de ella. Tal vez alguno la niegue. Ése será un crimen; pero un crimen justo. Bien está; que mancille, que pise, que escupa la honra de ese desgraciado que probablemente la adora.

Es una traición; es una villanía. Pero, al fin, ese hombre puede matarla sin que nadie le culpe ni le condene. Puede mandar a sus criados que la arrojen a latigazos y puede hacer pedazos al amante. Pero sus hijos, ¡pobres seres indefensos, nada pueden! La madre los abandona para ir a traerles su porción de vergüenza y deshonra. Los vende por un puñado de placeres, como judas a Cristo por un puñado de monedas. Ahora duermen, sonríen, todo lo ignoran; están abandonados a manos mercenarias; van empezando a desamorarse de la madre, que no los ve, ni los educa, ni los mima. Mañana, esos chicuelos serán hombres, y esas niñas, mujeres. Ellos sabrán que su madre fue una aventurera, y sentirán vergüenza. Ellas querrán amar y ser amadas; pero los hombres, que creen en la tradición del pecado y en el

heredismo, las buscarán para perderlas y no querrán darles su nombre, por miedo de que lo prostituyan y lo afrenten.

Y todo eso será obra tuya. Estoy tentado de ir en busca de tu esposo y traerle a este sitio. Ya adivino cómo es la alcoba en que te aguarda. Pequeña, cubierta toda de tapices, con cuatro grandes jarras de alabastro sosteniendo ricas plantas exóticas. Antes había dos grandes lunas en los muros; pero tu amante, más delicado que tú, las quitó. Un espejo es un juez y es un testigo. La mujer que recibe a su amante viéndose al espejo es ya la mujer abofeteada de la calle.

Pues bien; cuando tú estés en esa tibia alcoba y tu amante caliente con sus manos tus plantas entumecidas por la humedad, tu esposo y yo entraremos sigilosamente, y un brusco golpe te echará por tierra, mientras detengo yo la mano de tu cómplice. Hay besos que se empiezan en la tierra y se acaban en el infierno.

Un sudor frío bañaba mi rostro. Afortunadamente habíamos llegado a la plazuela de Loreto, y mi vecina se apeó del vagón. Yo vi su traje; no tenía ninguna mancha de sangre; nada había pasado. Después de todo, ¿qué me importa que esa señora se la pegue a su marido? ¿Es mi amigo acaso? Ella sí que es una real moza. A fuerza de encontrarnos, somos casi amigos. Ya la saludo.

Allí está el coche; entra en la iglesia; ¡qué tranquilo debe estar su marido! Yo sigo en el vagón. ¡Parece que todos vamos tan contentos!

La venganza de Milord

(A Memé)

Mi buena amiga:

Te escribo oyendo el ruido de los últimos carruajes que vuelven del teatro. He tomado café –un café servido por la pequeña de una señorita que, a pesar de ser bella, tiene esprit–. Por consiguiente, voy a pasar la noche en vela.

Imaginóme, pues, que he ido a un baile, te he encontrado y conversamos ambos bajo las anchas hojas de una planta exótica, mientras toca la orquesta un vals de Métra y van los caballeros al buffet.

Si tú quieres, murmuraremos. Voy a hablarte de las mujeres que acabo de admirar en el teatro. Imagínate que estás ahora en tu platea y observas a través de mis anteojos.

Mira a Clara. Ésa es la mujer que no ha amado jamás. Tiene ojos tan profundos y tan negros como el abra de una montaña en noche oscura. Allí se han perdido muchas almas. De esa oscuridad salen gemidos y sollozos, como de la barranca en que se precipitaron fatalmente los caballeros del Apocalipsis. Muchos se han detenido ante la oscuridad de aquellos ojos, esperando la repentina irradiación de un astro: quisieron sondear la noche y se perdieron.

Las aves al pasar le dicen: ¿No amas? Amar es tener alas. Las flores que pisa le preguntan: ¿No amas? Amor es el perfume de las almas. Y ella pasa indiferente viendo con sus pupilas de acero negro, frías e impenetrables, las alas del pájaro, el cáliz de la flor y el corazón de los poetas.

Viene de las heladas profundidades de la noche. Su alma es como un cielo sin tempestades, pero también sin estrellas. Los que se le acercan sienten el frío que difunde en torno suyo una estatua de nieve. Su corazón es frío como una moneda de oro en día de invierno.

¿Quién es la esbelta rubia que sonríe en aquel palco? Es un patrón de modas recortado. Por esa frente no han pasado nunca las alas blancas de los pensamientos buenos, ni las alas negras de los pensamientos malos. Sus amores duran lo que la hirviente espuma del champagne en la orilla de la copa. Jamás permitiría que un hombre la ciñera con sus brazos: no quiere que se ajen y desarreglen sus listones. ¿Queréis saber cómo es su alma? Figúrate una muñeca hecha de encaje blanco, con plumas de faisán en la cabeza y ojos de diamante. Cuando habla, su voz suena como la crujiente falda de una túnica de raso, rozando los peldaños marmóreos de una escalinata. No sabe dónde tiene el corazón, jamás se lo pregunta su modista.

Esa grave matrona expende esposas. Tiene mucha existencia.

Convierte ahora tus miradas a la platea que está frente a nosotros. Una mujer divinamente hermosa la ocupa.

¿Quién es? Sus grandes ojos verdes, velados por larguísimas pestañas negras, tiemblan de efusión cuando se fijan en el cielo, como si estuvieran enamorados de los luceros. Sus manos esgrimen el abanico, como si quisieran adiestrarse en la esgrima del puñal. Créelo: esa mujer es capaz de matar al hombre que la engañe. Sus labios se entreabren suavemente para dar salida al exceso de alma que hay en ella.

Tras las varillas flexibles del corsé, su corazón late cadenciosamente; ¡pobre niño que golpea con su manecita una muralla!

¿Cuántos años tiene? Ha cumplido veinticinco; no sé cuántas semanas, meses o años hace. Siendo niña, una pordiosera que

acostumbrar decir la buenaventura le predijo que el hombre a quien amara sería espantosamente desgraciado. Su marido –un banquero– es muy feliz. Alicia –así se llama– está rodeada siempre de cortejos presuntuosos y enamorados fatuos.

Cuando va de paseo, diríase que es un general pasando revista a sus soldados, que presentan las armas. Ella, sonriente, gozando en las pasiones que inspira sin participar de ellas, asoma su cabeza de Gioconda por la portezuela del cupé y saluda con la mano enguantada o con el abanico a los platónicos adoradores de su cuerpo. El hombre a quien saluda con los ojos no es conocido aún.

¿Será honrada? ¿Será honesta? Las mujeres la miran con desprecio y los hombres la cortejan. Nadie podría decir quién es su amante o quién lo ha sido, pero todos tienen la certidumbre de que alguno lo será. La lotería no se hace aún; el número que ha de obtener el gran premio duerme en el globo, confundido con los otros: puede ser el de aquél, puede ser el mío, pero es alguno. La jaula está preparada para el pájaro: en la mesita de sándalo donde Alicia toma el té hay dos tazas. Un necio diría que alguna es la taza del amante. ¡Falso! Es la taza del marido. Cuando el amante llegue, Alicia y él beberán en la misma taza, como Paolo y Francesca leían en el mismo libro. Después la harán pedazos o la arrojarán al mar: ¡cómo el rey de Thule!

El Galeoto social no yerra tan a menudo como algunos creen. Lo que sucede es que se anticipa a la verdad. Es como las mujeres, que conocen el amor que han inspirado media hora antes de que el hombre se dé cuenta de que existe. Un buque sale del puerto lleno de mercancías y pasajeros: el cielo está muy azul, sin un solo punto negro. Pasan los días y las semanas, sin que llegue a los oídos de nadie la noticia de un temporal o de una borrasca. Y sin embargo, cierto día, sin que se sepa cómo ni por qué, se esparce la voz que aquel barco ha naufragado. ¿Quién lo dice? Todos. ¿Quién recibió la fatal nueva? Nadie. Quince días después se sabe la espantosa

verdad, y los periódicos refieren por menor los horribles detalles del naufragio.

Una mujer es fiel a su marido. Nadie puede acusarla de adulterio. Vive como Penélope, en su hogar. Desecha con altivez a los que solicitan su cariño. Pero el Galeoto, que mira y prevé todo, murmura entre dos cuadrillas, bajo las anchas hojas de una planta exótica erguida sobre rico tabor chino: ¡esa mujer tiene un amante! Y no es verdad; pero un día, una semana, un año después la mujer tiene un amante. El Galeoto se equivoca nada más en la conjugación del verbo; debía haber dicho: tendrá.

Y la esposa no falta a su deber porque el mundo lo dice; como el barco no perece porque la gente vaticina el naufragio. Así, el mundo dice que Alicia es desleal, y en torno de ella se agrupan los cazadores en vedado, como los náufragos hambrientos en la balsa de la Medusa. Pero Alicia no ama a ninguno: guarda su tesoro y no quiere despilfarrarlo como pródiga.

Mas he aquí que una noche llega al salón de Alicia un joven soñador y le dice al oído:

—¡Cómo se parece usted a mi primera novia! Ella era baja de estatura y usted es alta; ella era morena, y usted es rubia; ella tenía los ojos negros, los de usted son verdes; pero yo la amaba; yo amo a usted y en esto se parecen.

Dos horas después, Alfredo era amante de Alicia. El huésped prometido había llegado. El banquero continuaba siendo muy feliz.

Ayer, mientras el marido terminaba su correspondencia, Alicia salió en el cupecito azul tirado por dos yeguas color de ámbar. Los pocos ociosos que desafiaban la lluvia en la calzada vieron que el cupecito proseguía su marcha rumbo á Chapultepec. ¿Qué iba a hacer? Los grandes ahuehuetes, moviendo sus cabezas canas, se decían en voz baja el

secreto. Las yeguas trotaban y el coche se perdió en la avenida más umbrosa y más recóndita del bosque. Alfredo abrió la portezuela y tomó asiento junto a la hermosa codiciada. Llovía mucho. Quizá para impedir que el agua entrase, mojando el traje de Alicia, cerró Alfredo cuidadosamente las persianas. Si alguno erraba a tales horas por el bosque, pudo decir para sus adentros: ¿Quiénes irán dentro del cupé? Afortunadamente, cada vez arreciaba más la lluvia, y sólo un pobre trabajador, oculto en la entrada oscura de la gruta, pudo ver el cupé que continuaba paso a paso su camino, subiendo por la rampa del castillo. Las ancas de las yeguas, lavadas y bruñidas por la lluvia, parecían de seda color de oro.

El trabajador, dejando a un lado los costales que rebosaban hebras de heno, asomó la cabeza para mirar cómo subía el carruaje hasta las rejas del castillo. Allí se detuvo: los amantes se apearon y torcieron sus pasos rumbo a los corredores, mudos y desiertos. Un hombre, cuidadosamente recatado, había subido al propio tiempo. Luego que hubo llegado al sitio en donde quedaba el cupé vacío, bajó el embozo de su capa e hizo una señal imperativa al cochero, que, viendo el rostro del desconocido, se puso pálido como la cera. Bajó luego del pescante, y, tras cortísimas palabras que mediaron entre ambos, se quitó el carrick para que con él se ocultara el recién llegado. Media hora después, los amantes salieron del castillo; subieron al carruaje nuevamente, y Alicia, sacando su cabeza rubia por la portezuela, dijo: ¡a casa! Las yeguas partieron a galope, pero... ¿a dónde iban? Torciendo el rumbo, el cochero encaminaba el carruaje al abismo, como si en vez de bajar por la empinada rampa quisiera precipitarse desde lo alto del cerro. Los amantes, que habían vuelto a cerrar las persianas, nada veían. ¿A dónde iban? De pronto las yeguas se detuvieron, como si alguna mano de gigante las hubiera agarrado por los cascos. Relinchando miraban al abismo que se abría a sus plantas. Las persianas del cupé seguían cerradas. El cochero, de pie en el pescante, azotó las yeguas;

el coche se columpió un momento en el vacío y fue a estrellarse, hecho pedazos, en la tierra. No se escuchó ni un grito, ni una queja. A veinte varas de distancia, se halló el cadáver del cochero. Era el marido de Alicia.

En este instante suena la campanilla y ese agudo son me vuelve a la realidad. No; no es Alicia la que miro en aquel palco. Alicia duerme ya en el camposanto. Es una mujer que se le parece mucho y que morirá tan desastrosamente como ella. ¡Dios confunda a los maldicientes! La lengua mata más que los puñales. Conque te he dicho ya que esa señora ...

Post-data. Había olvidado decir que el esposo era inglés.

(Este cuento se desarrolló de una forma muy rara, pues aparecieron varias partes del mismo en otros artículos y cuentos del autor. En la forma en que se publica, apareció en El Partido Liberal de 20 de setiembre de 1891, firmado por "El Duque de Job".)

La mañana de San Juan

A gonzalo Esteva y Cuevas.

Pocas mañanas hay tan alegres, tan frescas, tan azules, como esta mañana de San Juan. El cielo está muy limpio, «como si los ángeles lo hubieran lavado por la mañana»; llovió anoche, y todavía cuelgan de las ramas brazaletes de rocío que se evaporan luego que el sol brilla, como los sueños luego que amanece; los insectos se ahogan en las gotas de agua que resbalan por las hojas, y se aspira con regocijo ese olor delicioso de tierra húmeda, que sólo puede compararse con el olor de los cabellos negros, con el olor de la epidermis blanca y el olor de las páginas recién impresas. También la naturaleza sale de la alberca con el cabello suelto y la garganta descubierta; los pájaros se emborrachan con el agua, cantan mucho, y los niños del pueblo hunden su cara en la gran palangana de metal. ¡Oh mañanita de San Juan, la de camisa limpia y jabones perfumados! Yo quisiera mirarte lejos de estos calderos en que hierva grasa humana; quisiera contemplarte al aire libre, allí donde apareces virgen todavía, con los brazos muy blancos y los rizos húmedos, Allí eres virgen: cuando llegas a la ciudad, tus labios rojos han besado mucho; muchas guedejas rubias de tu undívago cabello se han quedado en las manos de tus mil amantes, como queda el vellón de los corderos en los zarzales del camino; muchos brazos han rodeado tu cintura; traes en el cuello la marca roja de una mordida, y vienes tambaleando con traje de raso blanco todavía, pero ya prostituido, profanado, semejante al de Giroflé después de la comida, cuando la novia muerde sus immaculados azahares y empapa sus cabellos en el vino ¡No, mañanita de San Juan, así yo no te quiero! Me gustas en el campo, allí donde se miran tus azules ojitos y tus trenzas de oro. Bajas por la escarpada

colina poco a poco; llamas a la puerta o entras sigilosamente la ventana para que tu mirada alumbre el interior, y todos te recibimos como reciben los enfermos la salud, los pobres la riqueza y los corazones el amor. ¿No eres amorosa? ¿No eres muy rica? ¿No eres sana? Cuando vienes, los novios hacen sus eternos juramentos; los que padecen, se levantan vueltos a la vida; y la dorada luz de tus cabellos siembra de lentejuelas y monedas de oro el verde oscuro de los campos, el fondo de los ríos y la pequeña mesa de madera pobre en que se desayunan los humildes, bebiendo un tarro de espumosa leche, mientras la vaca muge en el establo. ¡Ah! Yo quisiera mirarte así cuando eres virgen, y besar las mejillas de Ninón... ¡sus mejillas de sonrosado terciopelo y sus hombros de raso blanco!

Cuando llegas, ¡oh mañana de San Juan!, recuerdo una vieja historia que tú sabes y que ni tú ni yo podemos olvidar, ¿Te acuerdas? La hacienda en que yo estaba por aquellos días era muy grande; con muchas fanegas de tierra sembradas e incontables cabezas de ganado. Allí está el caserón, precedido de un patio con su fuente en medio. Allá está la capilla. Lejos, bajo las ramas colgantes de los grandes sauces, está la presa en que van a abrevarse los rebaños. Vista desde una altura y a distancia, se diría que la presa es la enorme pupila azul de algún gigante, tendido a la bartola sobre el césped ¡Y qué honda es la presa! ¡Tú lo sabes...!

Gabriel y Carlos jugaban comúnmente en el jardín. Gabriel tenía seis años; Carlos, siete. Pero un día, la madre de Gabriel y de Carlos cayó en cama, y no hubo quien vigilara sus alegres correrías. Era el día de San Juan. Cuando empezaba a declinar la tarde, Gabriel dijo a Carlos:

–Mira, mamá duerme y ya hemos roto nuestros fusiles, Vamos a la presa. Si mamá nos riñe, la diremos que estábamos jugando en el jardín. –Carlos, que era el mayor, tuvo algunos escrúpulos ligeros. Pero el delito no era tan enorme, y además, los dos sabían que la presa estaba adornada con grandes cañaverales y ramos de zempazúchil.

¡Era día de San Juan!

–¡Vamos! –le dijo–; llevaremos un Monitor para hacer barcos de papel y les cortaremos las alas a las moscas para que sirvan de marineros.

Y Carlos y Gabriel salieron muy quedito para no despertar a su mamá, que estaba enferma. Como era día de fiesta, el campo estaba solo. Los peones y trabajadores dormían la siesta en sus cabañas. Gabriel y Carlos no pasaron por la tienda, para no ser vistos, y corrieron a todo escape por el campo. Muy en breve llegaron a la presa. No había nadie, ni un peón, ni una oveja. Carlos cortó en pedazos el Monitor e hizo dos barcos, tan grandes como los navíos de Guatemala. Las pobres moscas, que iban sin alas y cautivas en una caja de obleas, tripularon humildemente las embarcaciones. Por desgracia, la víspera habían limpiado la presa, y estaba el agua un poco baja, Gabriel no la alcanzaba con sus manos.

Carlos, que era el mayor, le dijo:

–Déjame a mí que soy más grande. –Pero Carlos tampoco la alcanzaba. Trepó entonces sobre el pretil de piedra, levantando las plantas de la tierra, alargó el brazo e iba a tocar el agua y a dejar en ella el barco, cuando, perdiendo el equilibrio, cayó al tranquilo seno de las ondas. Gabriel lanzó un agudo grito. Rompiéndose las uñas con las piedras, rasgándose la ropa, a viva fuerza, logró también encaramarse sobre la cornisa tendiendo casi todo el busto sobre el agua. Las ondas se agitaban todavía. Adentro estaba Carlos. De súbito, aparece en la superficie, con la cara amoratada, arrojando agua por la nariz y por la boca.

–¡Hermano! ¡hermano!

–¡Ven acá! ¡ven acá! No quiero que te mueras.

Nadie oía. Los niños pedían socorro, estremeciendo el aire con sus gritos; no acudía ninguno. Gabriel se inclinaba cada vez más sobre las aguas y tendía las manos.

Acércate, hermanito yo te estiro.

Carlos quería nadar y aproximarse al muro de la presa, pero ya le faltaban fuerzas, ya se hundía. De pronto, se movieron las ondas y asió Carlos una rama, y apoyado en ella logró ponerse junto del pretíl y alzó una mano; Gabriel la apretó con las manitas suyas, y quiso el pobre niño levantar por los aires a su hermano que había sacado medio cuerpo de las aguas y se agarraba a las salientes piedras de la presa. Gabriel estaba rojo y sus manos sudaban, apretando la blanca manecita del hermano.

–¡Si no puedo sacarte! ¡Si no puedo!

Y Carlos volvía a hundirse, y con sus ojos negros muy abiertos le pedía socorro.

–¡No seas malo! ¿Qué te he hecho? Te daré mis cajitas de soldados y el molino de marmaja que te gustan tanto. ¡Sácame de aquí!

Gabriel lloraba nerviosamente, y estirando más el cuerpo de su hermanito moribundo, le decía:

–¡No quiero que te mueras! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡No quiero que se muera!

Y ambos gritaban, exclamando luego:

–¡No nos oyen! ¡No nos oyen!

–¡Santo ángel de mi guarda! ¿Por qué no me oyes?

Y entretanto, fue cayendo la noche. Las ventanas se iluminaban en el caserío. Allí había padres que besaban a sus hijos. Fueron saliendo las estrellas en el cielo. ¡Diríase que miraban la tragedia de aquellas tres manitas enlazadas que no querían soltarse, y se soltaban! ¡Y las estrellas no podían ayudarles, porque las estrellas son muy frías y están muy

altas!

Las lágrimas amargas de Gabriel caían sobre la cabeza de su hermano. ¡Se veían juntos, cara a cara, apretándose las manos, y uno iba a morirse!

–¡Suelta, hermanito, ya no puedes más; voy a morirme.

–¡Todavía no! ¡Todavía no! ¡Socorro ¡Auxilio!

–¡Toma, voy a dejarte mi reloj! ¡Toma, hermanito!

¡Y con la mano que tenía libre sacó de su bolsillo el diminuto reloj de oro que le habían regalado el Año Nuevo!

¡Cuántos meses había pensado sin descanso en ese pequeño reloj de oro! El día en que al fin lo tuvo, no quería acostarse. Para dormir, lo puso bajo su almohada, Gabriel miraba con asombro sus dos tapas, la muestra blanca en que giraban poco a poco las manecillas negras y el instantero que, nerviosamente, corría, corría, sin dar jamás con la Salida del estrecho círculo. Y decía. –¡Cuándo tenga siete años, como Carlos, también me comprarán un reloj de oro! –No, pobre niño, no cumples aún siete años, y ya tienes el reloj. Tu hermanito se muere y te lo deja. ¿Para qué lo quiere? La tumba es muy oscura, y no se puede ver la hora que es.

–¡Toma, hermanito, voy a dar te mi reloj; toma, hermanito!

Y las manitas, ya moradas, se aflojaron, y las bocas se dieron un beso desde lejos. Ya no tenían los niños fuerza en sus pulmones para pedir socorro, Ya se abren las aguas, como se abre la muchedumbre en procesión cuando la Hostia pasa. ¡Ya se cierran y sólo queda por un segundo, sobre la onda azul, un bucle lacio de cabellos rubios!

Gabriel soltó a correr en dirección del caserío, tropezando, cayendo sobre las piedras que lo herían, No digamos ya más; cuando el cuerpo de Carlos se encontró, ya estaba frío, tan frío, que la madre, al besarlo, quedó muerta.

¡Oh mañanita de San Juan! ¡Tu blanco traje de novia tiene también manchas de sangre!

En el Hipódromo

Es imposible separar los ojos de esa larga pista, en donde los caballos de carrera compiten, maravillándonos con sus proezas. Yo sé de muchas damas que han reñido con sus novios, porque éstos, en vez de verlas preferentemente y admirarlas, fijaban su atención en los ardides de los *jockeys* y en la traza de los caballos. Y sé, en cambio, cómo otro amigo mío, que absorto en la contemplación de unas medias azules, perfectamente estiradas, perdió su apuesta por no haber observado, como debía haberlo hecho desde antes, las condiciones en que iba a verificarse la carrera. Pero esta manía hípica no cunde nada más entre los dueños de caballos y los apostadores, ávidos de lucro; se extiende hasta las damas, que también siguen, a favor del anteojo, los episodios y las peripecias de la justa; y que apuestan como nosotros apostamos y emplean en su conversación los agrios vocablos del idioma hípico, erizado de puntas y consonantes agudísimas. Los galanes y los cortejos van a apostar con las señoras, y ofrecen una caja de guantes o un estuche de perfumes, en cambio de la pálida camelia que se marchita en los cabellos de la dama o del coqueto alfiler de oro que detiene los rizos en la nuca. El breve guante de cabritilla paja que aprisiona una mano marfilina bien vale todos los jarrones de Sévres de tiene Hildebrand en sus lujosos almacenes y todas las delicadas miniaturas que traza el pincel Daudet de Casarín. Yo tengo en el cofre azul de mis recuerdos uno de esos guantes. ¿De quién era? Recuerdo que durante muchos días fue conmigo, guardado en la cartera, y durmió bajo mi almohada por las noches. ¿De quién era? ¡Pobre guante! Ya le faltan dos botones y tiene un pequeñito desgarrón en el dedo meñique. Huele a rubia.

La arena del hipódromo ha recibido ya también su bautismo

de sangre. Pero ¿quién piensa durante la animación de las carreras en esos tristes lances de tragedia? El caballo pasea con arrogancia dentro de la pista, como una hermosa en el salón del baile. Sabe que es bello y sabe que le miran. Y el caballo puede matar a su jinete en el steeplechase, como la dama, por casta y angelical que os parezca, puede también poner en vuestra mano el vibrante florete del duelista o el revólver del suicida. Todo amor da la muerte.

Nosotros acariciamos la crin sedosa del caballo o nos dormimos a la sombra de una tupida cabellera negra, como la Africana bajo la fronda pérfida del manzanillo. Tus piernas son nerviosas –¡oh, caballo!–, mis dedos quieren esconderse entre tus crines, y cuando tú, alargando el noble cuello, dilatas la nariz y corres como un dardo disparado, yo siento las palpitaciones de tu carne y te poseo y te amo, ebrio de orgullo. Bien sé que en uno de tus botes puedes arrojarme a distancias enormes, como se arroja un saco de huesos desde lo alto de una torre. Mi cuerpo irá a caer en la barranca o quedará desamparado en la llanura, siendo pasto de los buitres. Pero ¿qué importa? ¡Yo te amo!

Tus ojos –¡oh, mujer!– ocultan el amor al propio tiempo que la muerte, porque son negros como la noche y en la noche reinan las pálidas estrellas y los perversos malhechores. Tus pupilas despiden luces frías, como flechas de acero. Nadie ha podido sorprender los escondidos pensamientos que guarda tu frente impenetrable. Eres el arca santa o la terrible caja de Pandora, el cóndor o el gusano, la cumbre en que se está próximo al cielo o la barranca cuyo duro suelo caldean las llamas del infierno. Me han dicho que no debo quererte, y por eso te amo, como José adoraba a Carmen la gitana. El árbol traicionero alza su copa hermosa sobre los demás: no hay nidos en sus ramas; abajo está la muerte. Puedo, si quiero, reposar bajo otros árboles, bajo la encina honrada o el nogal hospedador. Pero éstos no poseen tu seducción diabólica, ni son tan bellos como tú. He corrido los campos y los bosques, el cansancio me agobia; idéjame, pues, dormir bajo tus hojas

y beber por mis poros el veneno de la muerte!

Mas ¿quién piensa en la caída mortal cuando caracolea el caballo, coqueteando en la arena del turf; ni en el minuto trágico del duelo, cuando la bella peligrosa se apoya en nuestro brazo para lanzarse al torbellino rápido del vals? Yo en las carreras pensaba en usted, ¡oh gran dominadora!, y en las apuestas que había hecho en la oficina. El juego es la suprema sensación para aquéllos que no conocen el amor, ese otro juego en que se apuesta el alma. Pero el juego, en el hipódromo, es el juego hecho carne, la sensación de dos mil metros; el juego con peripecias y sobresaltos; el juego que ase a su víctima por los cabellos y la columpia en el espacio. ¡Qué hermosa es «Taxation»! Sus movimientos están ajustados a un ritmo cadencioso; la baña el sol por todas partes, anda como una reina de quince años en el momento de subir al trono. «Júpiter» es el mozo arrojado que, como Paolo, besa en los labios a la que ama, aun cuando tenga sobre el pecho la punta del puñal que va a matarle. ¿Y «Maretzek»? ¿De dónde viene ese nobilísimo extranjero? Es un nabab que se pasea en las calles de París. Mira con altivez a los demás y pasa imperturbable, seguro de sí mismo y olfateando la victoria. Pero el «Águila» no obedece a las leyes de la gravedad y parece que tiene alas adentro, y «Caracole», travesando como una locuela, se burla de los demás y sabe que ninguno podrá disputarle el triunfo. Parten ya: el «Halcón» sale disparado como una enorme piedra negra arrojada por la honda de un gigante, y parece que la pista se va enrollando delante de él, como una pieza de paño gris en torno de un cilindro giratorio. «Halcón» vence hasta ahora; pero el «Águila», que no ha querido fatigarse y que avanza tranquila, arranca con una fuerza extraordinaria, aprovechando la fatiga del contrario, y le alcanza en la curva de la pista, y le pasa, y entre vivas y aplausos, llega a la meta sin una gota de sudor, altiva e impasible como el poeta que, terminada su tragedia, sale al escenario y escucha los aplausos, sin agradecerlo, como no agradece el sol las miradas sumisas de los hombres.

Durante la rápida competencia, ¡cuántas emociones han sentido sucesivamente los apostadores! El dinero apostado en las carreras es un dinero que galopa y que corre; se oye venir, montado en el caballo, como si el jinete tuviera una armadura de oro. Un enamorado que estaba junto a mí apostó al «Halcón» y le veía vencer con espanto. Había apostado una caja de guantes y perfumes, contra el listón azul que ceñía la garganta de su novia. Quería perder.

En un hermoso drama de Vigny, Chatterton halla en un baile a la mujer que amaba desde lejos...

... Vers de terre amottreux d'une étoile!

En el tumulto de la fiesta, va la dama a la que habían desgarrado su traje y busca un alfiler para prenderlo. Chatterton era pobre pero tenía un alfiler muy rico, de brillantes, único resto de sus pasados esplendores. Ésa era, casi, toda su fortuna. Se acercó a la dama y le ofreció la rica joya para que prendiese con ella su desgarrada falda.

–Caballero, no puedo recibir de un desconocido alhaja de tal precio.

–Si es por eso, y no más –repuso Chatterton–, tomad.

Y rompiéndola vigorosamente entre sus dedos, le tendió el alfiler, arrojando por la ventana los brillantes.

Yo en el hipódromo no pensaba nada más que en la gran domadora de mis pensamientos y en la nerviosa agilidad del «Águila». Pensaba, viendo las tribunas, en el pintor supremo de las elegancias parisienses, De Nittis. Hay tres pasteles de De Nittis que representan varios episodios de carreras. En uno, *Pendant la Course*, la pista no se ve. El pintor comprendía que los más importantes en el turf no son los caballos sino las mujeres. En primer término, de pie sobre una silla de paja, una mujer alta y hermosa observa la carrera. Está de perfil. Yo apostaría a que no es una mujer

honrada.

Mira el *match* fríamente, como si en él no aventurara un solo franco suyo. Tal vez habrá apostado la fortuna de su amante. Largo abrigo de felpa le llega casi hasta los talones, descubriendo apenas la extremidad de su enagua escocesa. Los botines son de paño gris con zapatillas de cuero barnizado. No tiene breve el pie ni pequeñas las manos, que se esconden en el *manchón* de pieles. Cubre su cabeza un gran sombrero de terciopelo mirto, sobre el que se destaca una camelia blanca, como una gota de leche caída de los senos de Cibeles. La escena debe pasar en Auteuil y durante las carreras de otoño. La hermosa impasible tiene frío. Se conoce en el modo con que ata las bridas de su sombrero y en el cuidado con que oculta su garganta. Junto a ella, pero en tierra y puesto adrede para sostenerla en caso de una caída, está su acompañante, rígido y gallardo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Se ve la tela de su traje oscuro y el tejido de su corbata. Siente una tentación de pasar la mano por la seda del sombrero, para ver si se eriza. En torno, y distribuidos con grande arte, vense muchos grupos de espectadores. Unos siguen con fiebre los incidentes de la carrera; otros entablan conversaciones amorosas; pero dominando a todos, de pie en la silla de paja, con la misma altivez de una estatua en el marmóreo pedestal, destácase la dama rubia y pálida, impasible, severa y desdeñosa. Sus ojos no se apartan de la pista. Yo creo que con un poco de atención se vería la carrera reflejada en sus pupilas.

En otro pastel de De Nittis, la escena representa un grupo en torno del brasero. El cielo tiene un gris mate, como si en lo alto se estuviera formando la nieve que ha de caer en el invierno. A lo lejos se distingue la pista y el hormiguar confuso de los circunstantes. Un grupo de privilegiados se reúne en torno del brasero, que es un cono de hierro como de metro y medio, en cuyo centro arden carbones crepitantes: las llamas rojas salen por los intersticios de la reja, como lenguas de ratones diabólicos que intentan

escaparse del infierno. Alrededor de esa poêle hay figuras deliciosas, cuyos contornos nadan en la luz. Nadie piensa en los caballos ni atiende a las carreras. Todos descansan indolentemente, extendiendo sus piernas para calentarse al amor de la lumbre. De un personaje sólo se ve el pie, bien calzado, cuya planta lamen casi las rojizas lengüetas del brasero. Allí está el ruso Turguenev, un parisiense del Newskia, arropado en los anchos pliegues de su hopalanda, sobre la que nievan los blanquísimos copos de su barba. Junto a él, una mujer, de blancura hiperbórea, le mira sonriendo y enseñando sus dientes esmaltados. Sobre una silla descansa y se calienta un perro lanudo, de éstos que la implacable moda tusa a medias, dejando a descubierto su finísimo cutis color de rosa subido y la extremidad de sus piernas raquílicas. Mas la figura singularmente bella en este cuadro es la de una mujer alta y esbelta, que, apoyándose en el respaldo de una silla y conservando el equilibrio en sólo un pie, tiende su breve planta hacia la llama.

Viste un traje de terciopelo guinda oscuro y lleva un sombrero del mismo color, con adornos azules listados de negro y detenidos por una airosa pluma blanca. Tuerce el cuerpo hacia atrás, y, al acercar la planta al fuego, su enagua levantada dibuja las morbideces de la pierna. El ala ancha y caída de su sombrero le cubre una gran parte de la cara; pero puede mirarse la extremidad de la nariz correcta, cuyas ventanillas color de rosa se estremecen, como si olfatearan besos, y el corte de la barba cuya línea ondulante se desvanece en la garganta. Por sobre la nuca y escapando a la tiranía del sombrero cae una doble trenza rubia. Yo viviría bajo esa trenza.

En el aire revolotean, moviendo sus élitros sonoros, los ¡Híp! ¡Hip! de los jockeys y el ¡Hurra! de los apostadores gananciosos.

Un De Nittis viajero podría encontrar, en las tribunas del hipódromo, bonito asunto para nuevos cuadros. Aquí, sin embargo, los grupos no se distribuyen de modo tan

pintoresco y tan artístico. Parece que están sujetos todos al despotismo de la inflexible línea recta. Las señoras se alinean en las tribunas y los hombres hacen abajo su cuarto de centinela. Nosotros no tenemos tampoco esas fanáticas del caballo que hay en Londres y en París. La más famosa en Francia es la Condesa de ***, apellidada por los periodistas Madame Bob. Nadie podría decir que ha sido su amante, y, sin embargo, el mundo no la juzga honrada. Posee eso que Baudelaire apellidaba, con extraordinaria precisión, " la gracia infantil de los monos". Es delgada, y cuando abrocha su casaca estrecha sobre el pecho aplanado, más bien se creería ver a un estudiante en vacaciones o a un jockey en traje de paseo.

Mme. Bob no se jacta de sus títulos, pero sí se vanagloria de sus caballos, que descienden de «Gladiator» y «Lady Tempest». Y cuentan que cuando vuelve de algún baile, escotada, con los ebúmeos brazos descubiertos y abrochados los catorce botones de sus guantes, entra en las caballerizas, alumbradas por el gas, y allí dilata su nariz para sentir el acre olor de las repletas pesebreras y despierta los caballos, y les rodea el cuello con los brazos y los besa; y monta como una amazona y se deja caer entre las piernas de su yegua favorita; y roza con su codo lustroso la madera de los bojes y hunde sus zapatillas de raso blanco en el estiércol, y permite que el casco de sus caballos retozones le rasgue la crujiente seda del vestido, y que sus gruesas bocas frías le mojen la garganta y el cabello. Luego sube a su tocador, que huele a azaleas y violetas, y se lava allí, no en las palanganas de finísimo cristal, ni en las ánforas de plata maciza llenas de cinceladas y arabescos, sino en el burdo cubo de madera en donde empapa una grosera esponja, prefiriendo a alguna de Santa María del Novella y al mismo Chipre, cuyo olor no puede definirse, el agua clara tomada en la mañana de la fuente, y con la que salpica, al zambullir sus rizos negros, los muros tapizados de acuarelas japonesas.

¡El caballo! Yo comprendo las pasiones que inspira, aun

cuando sean como la salvaje pasión de Mme, Bob. Las mujeres le aman, más aún que nosotros.

*Allons, mon intrépide,
Ta cavale rapide
Frappe du pied le sol,
Et ton buffon balance,
Comme un soldat sa lance
Son joyeux parasol!*

¿Te acuerdas? Ya hace mucho tiempo de esto: fue cuando me amabas. El aire estaba fresco como si dentro de cada gota de luz fuese una gota de agua. Acabábamos de tomar en sendos tarros –tú no quisiste que bebiera en el tuyo– la espumosa leche que delante de nosotros ordeñaron. ¡Cómo reímos en esa azul mañana y cómo recuerdo los bigotes blancos que dibujó la leche en tu boquita! Íbamos a partir. Tu caballo relinchaba impaciente, y tu mamá, al verle brioso, te suplicaba que no hicieras locuras. ¿Te acuerdas? No podías subir, y yo, para ayudarte, te tomé en mis brazos. No he podido olvidarlo. ¡Qué cerca estuvimos en ese instante y qué lejos estamos hoy! Después arreglé los pliegues largos de tu amazona y estreché entre mis manos tu delicado botincito. Tú, ruborizada, espoleaste tu caballo y corriste, riendo, por el llano. Te alcancé. Galopamos mucho, mucho, hacia el lugar por donde sale el sol. Parecía que corríamos a un incendio. Los demás se habían quedado atrás, y tú, medrosa, quisiste que los aguardáramos a la sombra de un árbol. Allí nos detuvimos. Yo pensaba en el breve botín que ocultaba tu amazona y en tu corazoncito que había sentido junto al mío. Y hablamos, y tu caballo color de oro se fue acercando al mío, como si fuera a contarle algún secreto, y, de repente, mi boca trémula besó los delicados bucles rubios que se erizaban en tu cuello.

¡Cómo ha corrido el tiempo! Cuando tengas hijas, ¡no dejes

que ninguno las ayude a sentarse en el albardón de su caballo!

La pasión de Pasionaria

¡Cómo se apena el corazón y cómo se entumece el espíritu, cuando las nubes van amontonándose en el cielo, o derraman sus cataratas, como las náyades vertían sus ricas urnas! En esas tardes tristes y pluviosas se piensa en todos aquéllos que no son; en los amigos que partieron al país de las sombras, dejando en el hogar un sillón vacío y un hueco que no se llena en el espíritu. Tal parece que tiembla el corazón, pensando que el agua llovediza se filtra por las hendeduras de la tierra, y baja, como llanto, al ataúd, mojando el cuerpo frío de los cadáveres. Y es que el hombre no cree jamás en que la vida cesa; anima con la imaginación el cuerpo muerto cuyas moléculas se desagregan y entran al torbellino del eterno cosmos, y resiste a la ley ineludible de los seres. Todos, en nuestras horas de tristeza, cuando el viento sopla en el tubo angosto de la chimenea, o cuando el agua azota los cristales, o cuando el mar se agita y embravece; todos cual más, cual menos, desandamos con la imaginación este camino largo de la vida, y recordando a los ausentes, que ya nunca volverán, creemos oír sus congojosas voces en el quejido de la ráfaga que pasa, en el rumor del agua y en los tumbos del océano tumultuoso. El hijo piensa entonces en su amante padre, cuyos cabellos canos le finge la nieve prendida en los árboles; el novio, cuya gentil enamorada robó el cielo, piensa escuchar su balbuceo de niña en el ruido melancólico del agua; y el criminal, a quien atenacea el remordimiento, cierra sus oídos a la robusta sonoridad del océano, que, como Dios a Caín, le dice: ¿En dónde está tu hermano? Y nadie piensa en que esos cuerpos están ya disyectos y en que sus átomos van, errantes y dispersos, del botón encarnado de la rosa a la carne del tigre carnicero; de la llama que oscila en la bujía a los ojos de la mujer enamorada; nadie quiere creer que sólo el alma sobrevive y

que la vil materia se deshace; porque de tal manera encariñados nos hallamos con la envoltura terrenal, y tan grande es la predominación de nuestros sentimientos egoístas, que, por tener derecho a imaginar que nuestros cuerpos son eternos, no consentimos en creer que la inflexible muerte ha acabado con los demás, y, calumniando a Dios, prolongamos la vida hasta pasada ya la orilla amarillenta en que comienzan los dominios de la muerte.

Este sentimiento es mayor en los pueblos que no alcanzan todavía un grado superior de civilización y de cultura. Los egipcios pensaban que sus deudos difuntos harían menester aun del alimento. Por eso pintaban en el interior de los sepulcros e hipogeos fámulos y sirvientes provistos de bandejas llenas de sabrosos manjares, cacharros henchidos de agua y grandes panes. Nuestro pueblo conserva aún esa superstición, y deposita, en el día de los difuntos, en el camposanto, lo que llama la ofrenda.

Días pasados, hablaba yo con una dama acerca de estos usos y costumbres. La lluvia no permitía que saliera de su casa, y allí, cautivos, entreteníamos la velada con cuentos de aparecidos y resucitados.

—¿No cree usted en la trasmigración de las almas? —me decía.

Solté a reír, y, oprimiendo su mano, la contesté:

—Cuando miro esos ojos y esa boca, creo en la trasmigración de los espíritus. Vive en usted el alma de Cleopatra. ¿No es así?

Mi bella interlocutora, agradecida, desarrugó el ceño, contraído poco antes por lo huraño de la plática, y me dijo:

—No sé si los muertos vuelven, ni si emigran las almas a otros cuerpos; pero voy a narrarle una historia. Juan casó en segundas nupcias con Antonia. De su primera esposa quedábale una niña de siete años, a quien llamaban Rosalía sus padres, y Pasionaria los vecinos de la aldea. La primera

mujer de Juan era todo lo que se llama un ángel de Dios. Paciente, sufridísima, amorosa, se veía en los ojos de su marido y en el fresco palmito de la niña. Las comadres del pueblo, viendo su tez pálida, sus grandes ojos rodeados por círculos azules y la marcada delgadez de su enfermizo cuerpo, decían que la mamá de Pasionaria no haría huesos viejos. Ella, alegre y resignada, esperaba la muerte cantando, como aguardan las golondrinas el invierno. Cierta noche, Andrea –que tal era su nombre– se agravó mucho, tanto que hubo necesidad de llamar a don Domingo el curandero. ¡Todo inútil! La pobre madre se moría, sin que nadie pudiese remediarlo. Poco antes de entrar en agonía, llamó a su hija, que a la sazón contaba cinco años, y le dijo:

–Rosalía: ya me voy. Yo quisiera llevarte, pero el camino es muy largo y muy frío. Quédate aquí; tu padre te necesita y tú le hablarás de mí para que no me olvide. ¡Hasta mañana!"

Andrea cerró los ojos, y Rosalía besó, llorando, sus manos que parecían de nieve. ¡Hasta mañana! Es verdad: ¡mañana es el cielo!

Juan era mozo todavía y se consoló a los once meses. Al año cabal, se había casado con Antonia. Esta era mala, huraña y desconfiada. La madrastra –como en el pueblo la llamaban– hizo sufrir muchísimo a la pobre niña. La trataba con dureza, solía azotarla cuando Juan no estaba en casa, y hasta llegó a quemar un día sus manos con la plancha caliente. Rosalía lloraba; nada más. Cuando eran muchos sus padecimientos, decía en voz baja, con la cara pegada a los rincones:

–¡Madre!, imadrecita!

Pero la pobrecita muerta no la oía. ¡Qué pesado ha de ser el sueño de los muertos! Las niñas del cortijo, viéndola tan triste, la invitaban a jugar. Pero ella no iba porque sus zapatitos no tenían ya suelas y los guijarros de la calle se le encajaban en la planta. A fuerza de zalamerías con su marido, Antonia había logrado enajenarle el cariño de su

padre. Una noche, Pasionaria habló de su mamá; pero esa noche la dejaron sin cena y le pegaron.

–¡Malhaya la madrastra! –decían las buenas almas de la vecindad–. ¡Dios quiera acordarse de la pobrecita Pasionaria!

Dios tiene buena memoria y se acordó. Cuando nadie lo esperaba, y sin visible cambio en la conducta depravada de los padres, Pasionaria se fue reanimando, como la mecha de una lámpara cuando sube el aceite. Seguía siendo muy pálida, pero sus ojos brillaban tanto como la lamparilla que arde junto al Sacramento.

–¿Vas mejor, Pasionaria?

–¡Vaya que voy, como que ya me he puesto buena!

Sin embargo, un doctor que estuvo de temporada en el cortijo, vio a la niña y su pronóstico fue fatal: «A la caída de las hojas se nos va».

Pasionaria desmentía con su cambio este vaticinio. Pasionaria cantaba, haciendo los menesteres de la casa, siempre que Antonia, perezosa y egoísta, andaba de parranda con las cortijeras. Luego que la madrastra llegaba, Pasionaria enmudecía. ¡Así callan los pájaros cuando ven la escopeta de los cazadores! Las buenas gentes del cortijo se decían, con grandes muestras de compasión, que Pasionaria estaba loca. La habían visto hablar sola en los rincones, y hasta habían escuchado estas palabras:

–¡Madre! ¡madrecita!

Pasionaria no estaba loca. Pasionaria hablaba con su madre. La santa mujer, que tenía una silla de marfil y de oro cerca de los ángeles, pidió una audiencia a Dios Nuestro Señor para decirle:

–Señor: yo estoy muy contenta y muy regocijada en tu gloria, porque te estoy mirando; pero, si no te enojas, voy a

hablarte con franqueza. Tengo en la tierra un pedacito de mi alma que sufre mucho, y mejor quiero padecer con ella que gozar sola. Déjame ir a donde está, porque me llama la pobrecita y se está muriendo.

–Vete –dijo el Señor–; pero, si te vas, no puedes ya volver.

–¡Adiós, Señor!

La gloria, sin sus hijos, no es gloria para una madre.

Aquella noche, Andrea se apareció a su hija y le habló así:

–Yo te dije que volvería y aquí me tienes. De hoy en más no te abandonaré: tú me darás la mitad de los mendrugos que te den por alimento, y cuando te azoten esas malas almas, dividiremos el dolor entre las dos.

Y así fue. Por eso Pasionaria estaba alegre, aunque el doctor dijera que se moría. No hay, sin embargo, naturaleza que resista a ese maltrato. A la caída de las hojas se murió. Juan, que en el fondo no era tan malo, se enjugó una lágrima, y el señor cura se la llevó a dormir al camposanto. Como era natural, en cuanto Dios supo la muerte, dijo a sus ángeles:

–Id a traerla, que aquí le tengo preparada una sillita baja de marfil y de oro, y un cajón lleno de juguetes y de dulces.

Los ángeles cumplieron el mandato, y madre e hija se pusieron en camino. Pero Andrea tenía cerrada la puerta del cielo por desconfiada, y San Pedro, llamándola aparte, para que la niña no se enterase de nada, le dijo:

–Ya tú sabes lo que el amo dispuso: yo lo siento, viejita, pero el que fue a Sevilla perdió su silla.

–Bien sabido que lo tengo. Nada más llego a la puerta para dejar allí a la niña, y que entre sola. Ahora que va a gozar, ya no me necesita. Lo único que pido es que me den un lugarcito en el Purgatorio, con ventana para el cielo; que de

ese modo podré verla desde allí.

San Pedro conferenció con el Señor, que dio su venia, y la madre se despidió de Pasionaria.

–Madrecita, si tú no entras yo me voy contigo.

–Calla, niña, que nada más voy por tu padre y vuelvo pronto.

¡Pronto, sí! Todavía la está esperando Pasionaria. La pobre madre está en el Purgatorio, muy contenta viendo con el rabo del ojo a Pasionaria, que juega con los ángeles todo el día. Dios dice que, cuando llegue el juicio final, se acabará el Purgatorio, y que entonces se salvará la buena madre. ¡Dios mío! ¿Cuándo se acaba el mundo para que no estén ausentes esas pobres almas?...

Los amores del cometa

De oro, así es la cauda del cometa. Viene de las inmensas profundidades del espacio y ha dejado en las púas de cristal que tienen las estrellas muchas de sus guedejas luminosas. Las coquetas quieren atraparle; pero el cometa pasó impasible, sin volver los ojos, como Ulises por entre las sirenas. Venus le provocaba con su voluptuoso parpadeo de medianoche, como si ya tuviera sueño y quisiera volver a casa acompañada. Pero el cometa vio el talón alado de Mercurio, que sonreía mefistofélicamente, y pasó muy formal a la distancia respetable de veintisiete millones de leguas. Y allí le veis. Yo creo que en uno de sus viajes halló la estrella de nieve, a donde nunca llega la mirada de Dios, y que llaman los místicos infierno. Por eso trae erizos los cabellos. Ha visto muchas tierras, muchos cielos; sus aventuras amorosas hacen que las Siete Cabrillas se desternillen de risa y cuando imprima sus memorias veréis cómo las comprarán los planetas para leerlas a escondidas, cuidando de que no caigan en poder de las estrellas doncellitas. Tiene mucha fortuna con las mujeres: ¡Es de oro!

No me había sido presentado. Yo, comúnmente, no recibo a las cuatro y treinta y dos minutos de la madrugada; y ese gran noctámbulo deja sus sábanas azules muy temprano, para espiar la alcoba de la aurora por el ojo de la llave, luego que la divina rubia salta de su lecho con los brazos desnudos y el cabello suelto. Su pupila de oro espía por la cerradura de oriente. Tal vez en ese instante la aurora baja las tres gradas de ópalo que tiene su lecho nupcial, busca para cubrir sus plantas entumecidas las pantuflas de mirtos que los ángeles forran por dentro con plumas blancas desprendidas de sus alas. Y él la mira; la circunda con el áureo fluido de sus ojos; la palpa con la vista: siente las blandas

ondulaciones de su pecho; ve cómo entorna los párpados, descubriendo sus pupilas color de nomeolvides y recibe en el rostro las primeras gotas de rocío que van cayendo de las trenzas rubias, cuando la diosa moja su cabeza en la gran palangana de brillantes, y alinea con el peine de marfil su cabellera descompuesta por la almohada. El cometa está enamorado. Por eso se levanta muy temprano.

Cuando los diarios anunciaron su llegada yo dudé de su existencia. Creí que era un pretexto del sol para obligarme a dejar el lecho en las primeras horas matinales. El padre de la luz está reñido conmigo porque no le hago versos y porque no me gusta su hija, el alba.

La blancura irreprochable de esa mujer me desespera; y desde que amo con toda el alma a una morena, odio a las rubias, y sobre todo a las inglesas. La noche es morena... ¡Cómo tú! ¡Perdón! Debí haber dicho: ¡Cómo usted!

Pero el cometa, a pesar de estas dudas, existía. Un sacerdote que va a decir su misa antes del alba le había visto. No era, pues, un pretexto del hirviente sol para tenerme desvelado y vengarse de todos mis desvíos. Los panaderos le conocían y saludaban. El gran viajero del espacio estaba en México.

Los graves observadores de Chapultepec no han despegado aún sus labios, y guardan una actitud prudente para no comprometerse. No saben todavía si ese cometa es de buena familia. Y tienen sobradísima razón. No hay que hacer amistades con un desconocido, que, a juzgar por la traza, es un polaco aventurero. Sobre todo, no hay que fiarle dinero. ¿A qué ha venido?

La honradez del cometa es muy dudosa. Sale a la madrugada del caliente camarín en que duerme la aurora, y no contento aún con deshonorarla de este modo espía por la cerradura de la llave hasta que acaba de lavarse. Yo no sé si la aurora es acosada; pero séalo o no, la hora a que el cometa sale de su

casa no habla muy alto en pro de su reputación...

El cometa no es caballero. Hace alarde de sus bellaquerías; sale con insolencia, afrentando a los astros pobres con el lujo opulento de su traje, y, sin respeto al pudor de las estrellas vírgenes, compromete la honrosa reputación de una señora. No tiene vergüenza. Cuando menos debía embozarse en una capa.

Vanamente esperé que el gran desconocido apareciera en el cielo raso de mi alcoba. Para este excursionista, que no viene de Chicago, no hay hombres notables ni visitas de etiqueta. Tuve, pues, que esperarle en pie y armado, como aguarda un celoso al amante de su mujer, para darle, al pasar, las buenas noches. Eran las cuatro y media de la madrugada. Las estrellas cuchichearon entre sí, detrás de los abanicos, y algo como un enorme chorro de champagne, arrojado por una fuente azul, se dibujó en Oriente. Era el cometa. La luna, esa gran bandeja de plata en donde pone el sol monedas de oro, se escondía, desvelada y pálida, en el Oeste. Los luceros y yo teníamos frío.

Mas si el cometa no presagia ahora el desarrollo de la epidemia, ni la contingencia de un conflicto internacional con Guatemala, sí puede chocar en el océano oscuro del espacio con esta cáscara de nuez en que viajamos. Tal conjetura no es absolutamente inadmisible. Hay 281 millones de probabilidades en contra de esa hipótesis, pero hay una a favor. Si el choque paralizara el movimiento de traslación, todo lo que no está pegado a la superficie de la tierra saldría de ella con una velocidad de siete leguas por segundo. El tenor Prats llegaría a la luna en cuatro minutos. Si el choque no hiciera más que detener el movimiento de rotación, los mares saldrían de madre descaradamente y cambiarían el Ecuador y los polos. ¡Qué admirable espectáculo! Los mares vaciándose, como platones que se voltean, sobre la tierra. El astrónomo Wiston cree y sostiene que el diluvio fue ocasionado por el choque de un cometa: el que apareció nuevamente en 1680.

Podía también el bandolero del espacio envolvernos en su opulenta cola de tertulia. Los cometas debían usar vestido alto. Por desgracia, sus grandes colas áureas, eterna desesperación de las actrices, tienen a las veces treinta y hasta ochenta millones de leguas. Si la extremidad de una de esas colas gigantescas penetrase en nuestra atmósfera, cargadas como están de hidrógeno y carbono, la vida sería imposible en el planeta. Sentiríamos primero una torpeza imponderable, como si acabáramos de almorzar en el restaurante de Recamier, y luego, gracias al decrecimiento del ázoe, un regocijo inmenso y una terrible excitación nerviosa, provocada por la rápida combustión de la sangre en los pulmones y por su rápida circulación en las arterias. ¡Todos nos moriríamos riendo a carcajadas! Servín abrazaría a Joaquín Moreno, y García de la Cadena, al general Aréchiga.

Pero ¿quién piensa en ese horrible fin del mundo, oh vida mía?

El olor de rosas dura poco y el champagne se evapora en impalpables átomos, si le dejamos, olvidadizos, en la copa. Nuestro cariño vuela adonde van las notas que se pierden, gimiendo, en el espacio. Mañana tú tendrás canas y yo, arrugas. En tus rodillas saltarán contentos tus chicuelos. Descuida: tenemos tiempo para amarnos, porque el amor dura muy poco. Cierra de noche tus balcones para que no entre muy temprano la luz impertinente de la aurora, y procura que duerma tu previsión, para que no adivines los desengaños y las decepciones que nos trae el porvenir. El mundo está viejo, pero nosotros somos jóvenes. Cuando estés en un baile, no pienses nunca en la diana del alba ni en el frío de la salida, porque tus hombros desnudos se estremecerán, como sintiendo el áspero contacto de un cierzo de diciembre, y sentirás subir a tu garganta el bostezo imprudente del fastidio. La esperma brilla, y hay mucha luz en los espejos, en los diamantes y en los ojos. La música retoza en el espacio, y el vals, como la ola azul de un río alemán, arrastra las parejas estrechamente unidas como los cuerpos de Paolo y Francesca.

Las copas de Bohemia desbordan el vino que da calor al cuerpo, y la boca entreabierta de la mujer derrama estas palabras que dan calor al alma. El alba se espereza entretanto, y piensa en levantarse. No pensemos en ella. Afuera sopla un viento frío que rasga las desnudas carnes de esas pobres gentes que han pasado la noche mendigando y vuelven a sus casas sin un solo mendrugo de pan negro.

No pienses, por Dios, en la capota de pesadas pieles que duerme aguardándote en el guardarropa, ni en los cerrados vidrios de tu coche. Fin del mundo y salida de un baile todo es uno. Final de fiesta mezclado de silencio y de fatiga, hora en que se apagan los lustros y cada cual vuelve a su casa; aquéllos a dormir bajo las ropas acolchonadas de su lecho, y éstos a descansar entre los cuatro muros de la tumba. Las bujías pavesean, lamiendo las arandelas del enroscado candelabro; los pavos del buffet muestran sus roídas caparazones y sus vientres abiertos; los músicos, luchando a brazo partido con el sueño, como Jacob con el ángel, no encuentran aire en sus pulmones para arrojarlo por el agudo clarinete, ni vigor en sus flojas articulaciones para esgrimir el arco del violín; sobre la blanca lona que cubre las alfombras hay muchas flores pisoteadas y muchas blondas hechas trizas; las mujeres se van poniendo ojerosas, y el polvo de arroz cae, como el polen de una flor, de sus mejillas; los cocheros, inmóviles, duermen en el pescante envueltos hasta la frente con sus carricks; éste es el fin del baile, éste es el fin del mundo. Pero –aguarda un momento– ¡falta el cotillón!

*Restons! L'étoile vagabonde
Dont les sages ont peur loin,
Peut-être, en emportant le monde,
Nous laissera dans notre coin!*

El cometa no viene a exterminarnos. Sigue agitando su cabellera merovingia ante la cara respetable de la luna, y continúa sus aventuras donjuanescas. Tiende a Marte una estocada y se desliza como anguila por entre los anillos de

Saturno. ¡Míralo! Sigue lagartijeando en el espacio, bombardeado por las miradas de la Osa. Reposa en la silla de Casiopea y se ocupa en bruñir el coruscante escudo de Sobieski. El Pavo Real despliega el abanico de su cola para enamorarle, y el ave indiana va a pararse en su hombro. La Cruz Austral le abre los brazos, y los Lebreles marchan obedientes a su lado. Allí está Orión, que le saluda con los ojos, y el fatuo Arturo viéndose en el espejo de las aguas. Puede rizar la cabellera de Berenice, e ir, jinete en la Girafa, a atravesar el Triángulo boreal. El León se echa a sus pies y el Centauro le sigue a galope. Hércules le presenta su maza y Andrómeda le llama con ternura. La Vía Láctea tiende a sus pies una alfombra blanca, salpicada de relucientes lentejuelas, y el Pegaso se inclina para que lo monte.

Pero vosotras no lo poseeréis, ¡oh estrellas enamoradas! Ya sabe lo que otros de sus compañeros han perdido por acercarse mucho a los planetas. Como los hombres cuando se enamoran, se han casado. Perdieron su independencia desde entonces, y hoy gravitan siguiendo una cerrada curva o una elipse. Por eso huye y esquiva vuestras redes de oro; ¡es de la aurora! Miradle cómo espía a su rubia amada por la brillante cerradura del Oriente. El cielo empieza a ruborizarse. ¡Ya es de día! Las estrellas se apagan en el cielo, y los ojos que yo amo se abren en la tierra.

Después de las carreras

Cuando Berta puso en el mármol de la mesa sus horquillas de plata y sus pendientes de rubíes, el reloj de bronce, superado por la imagen de Galatea dormida entre las rosas, dio con su agudo timbre doce campanadas. Berta dejó que sus trenzas de rubio veneciano le besaran, temblando, la cintura, y apagó con su aliento la bujía, para no verse desvestida en el espejo. Después, pisando con sus pies desnudos los nomeolvides de la alfombra, se dirigió al angosto lecho de madera color de rosa, y, tras una brevísima oración, se recostó sobre las blancas colchas que olían a Holanda nueva y a violeta. En la caliente alcoba se escuchaban, nada más, los pasos sigilosos de los duendes que querían ver a Berta adormecida y el tic-tac de la péndola incansable, enamorada eternamente de las horas. Berta cerró los ojos, pero no dormía. Por su imaginación cruzaban a escape los caballos del hipódromo. ¡Qué hermosa es la vida! Una casa cubierta de tapices y rodeada por un cinturón de camelias blancas en los corredores; abajo, los coches cuyo barniz luciente hiere el sol, y cuyo interior, acolchonado y tibio, trasciende a piel de Rusia y cabritilla; los caballos que piafan en las amplias caballerizas y las hermosas hojas de los plátanos, erguidos en tiboires japoneses; arriba, un cielo azul de raso nuevo, mucha luz, y las notas de los pájaros subiendo, como almas de cristal por el ámbar fluido de la atmósfera; adentro, el padre de cabellos blancos que no encuentra jamás bastantes perlas ni bastantes blondas para el armario de su hija; la madre que vela a su cabecera cuando enferma, y que quisiera rodearla de algodones, como si fuese de porcelana quebradiza; los niños que travesean desnudos en su cuna, y el espejo claro que sonrío sobre el mármol del tocador. Afuera, en la calle, el movimiento de la vida, el ir y venir de los carruajes, el bullicio; y por la noche, cuando

termina el baile o el teatro, la figura del pobre enamorado que la aguarda y que se aleja satisfecho cuando la ha visto apearse de su coche o cerrar los maderos del balcón. Mucha luz, muchas flores y un traje de seda nuevo: ¡ésa es la vida!

Berta entorna los ojos, pero vuelve a cerrarlos en seguida, porque está la alcoba a oscuras. Los duendes, que ansían verla dormida para besarla en la boca, sin que lo sienta, comienzan a rodearla de adormideras y a quemar en pequeñas cazoletas granos de opio. Las imágenes se van esfumando y desvaneciendo en la imaginación de Berta. Sus pensamientos pavesean. Ya no ve el hipódromo, bañado por la resplandeciente luz del sol, ni ve a los jueces encaramados en su pretorio, ni oye el chasquido de los látigos.

Ya todo yace en el reposo inerme;
El lirio azul dormita en la ventana;
¿Oyes?, desde su torre la campana
La medianoche anuncia: duerme, duerme.

El genio retozón que abrió para mí la alcoba de Berta, como se abre una caja de golosinas el día de Año Nuevo, puso un dedo en mis labios, y tomándome de la mano, me condujo a través de los salones. Yo temía tropezar contra algún mueble, despertando a la servidumbre y a los dueños. Pasé, pues, con cautela, conteniendo el aliento y casi deslizándome sobre la alfombra. A poco andar, di contra el piano, que se quejó en si bemol; pero mi acompañante sopló, como si hubiera de apagar la luz de una bujía, y las notas cayeron mudas sobre la alfombra: el aliento del genio había roto esas pompas de jabón. En esta guisa atravesamos varias salas, el comedor, de cuyos muros, revestidos de nogal, salían gruesos candelabros con las velas de esperma apagadas; los corredores, llenos de tiestos y de afiligranadas pajareras; un pasadizo estrecho y largo como un cañuto, que llevaba a las habitaciones de la servidumbre; el retorcido caracol por donde se subía a las azoteas y un laberinto de pequeños cuartos, llenos de muebles y de trastos inservibles.

Por fin, llegamos á una puertecita por cuya cerradura se filtraba un rayo de luz tenue. La puerta estaba atrancada por dentro, pero nada resiste al dedo de los genios, y mi acompañante, entrándose por el ojo de la llave, quitó el morillo que atrancaba la mampara. Entramos: allí estaba Manón, la costurera. Un libro abierto extendía sus blancas páginas en el suelo, cubierto apenas con esteras rotas, y la vela moría lamiendo con su lengua de salamandra los bordes del candelero. Manón leía seguramente cuando el sueño la sorprendió. Decíalo esa imprudente luz que habría podido causar un incendio, ese volumen maltratado que yacía junto al catre de fierro, y ese brazo desnudo que, con el frío del mármol, pendía, saliendo fuera del colchón y por entre las ropas descompuestas. Manón es bella como un lirio enfermo. Tiene veinte años, y quisiera leer la vida, como quería de niña hojear los tomos de grabados que su padre guardaba. Pero Manón es huérfana y es pobre: ya no verá, como antes, a su alrededor, obedientes camareras y sumisos domésticos; la han dejado sola, pobre y enferma, en medio de la vida. De aquella vida anterior que, en ocasiones, se le antoja un sueño, nada más le queda un cutis que trasciende aún a almendra, y un cabello que todavía no vuelven áspero el hambre, la miseria y el trabajo. Sus pensamientos son como esos rapazuelos encantados que figuran en los cuentos: andan de día con la planta descalza y en camisa; pero dejad que la noche llegue, y miraréis cómo esos pobrecitos limosneros visten jubones de crujiente seda y se adornan con plumas de faisanes.

Aquella tarde, Manón había asistido a las carreras. En la casa de Berta todos la quieren y la miman, como se quiere y mima a un falderillo, vistiéndole de lana en el invierno y dándole en la boca mamones empapados en leche. Todos sabían la condición que había tenido en antes esa humilde costurera, y la trataban con mayor regalo. Berta le daba sus vestidos viejos, y solía llevarla consigo cuando iba de paseo o a tiendas. La huérfana recibía esas muestras de cariño como recibe el pobre que mendiga la moneda que una mano

piadosa le arroja desde un balcón. A veces esas monedas descalabran.

Aquella tarde Manón había asistido a las carreras. La dejaron adentro del carruaje, porque no sienta bien a una familia aristocrática andarse de paseo con las criadas; la dejaron allí, por si el vestido de la niña se desgarraba o si las cintas de su "capota" se rompían. Manón, pegada a los cristales del carruaje, espiaba por allí la pista y las tribunas, tal como ve una pobrecita enferma, a través de los vidrios del balcón, la vida y movimiento de los transeúntes. Los caballos cruzaban como exhalaciones por el árida pista, tendiendo al aire sus crines erizadas. ¡Los caballos! Ella también había conocido ese placer, mitad espiritual y mitad físico, que se experimenta al atravesar a galope una 'avenida enarenada. La sangre corre más aprisa y el aire azota como si estuviera enojado. El cuerpo siente la juventud y el alma cree que ha recobrado sus alas.

Y las tribunas, entrevistas desde lejos, le parecían enormes ramilletes hechos de hojas de raso y claveles de carne. La seda acaricia como la mano de una amante y ella tenía un deseo infinito de volver a sentir ese contacto. Cuando anda la mujer, su falda va cantando un himno en loor suyo. ¿Cuándo podría escuchar esas estrofas? Y veía sus manos, y la extremidad de los dedos maltratada por la aguja, y se fijaba tercamente en ese cuadro de esplendores y de fiestas, como en la noche de San Silvestre ven los niños pobres esos pasteles, esas golosinas, esas pirámides de caramelo que no gustarán ellos y que adornan los escaparates de las dulcerías. ¿Por qué estaba ella desterrada de ese paraíso? Su espejo le decía: «Eres joven y bella». ¿Por qué padecía tanto? Luego, una voz se levantaba en su interior diciendo: "No envidies esas cosas. La seda se desgarrá, el terciopelo se chafa, la epidermis se arruga con los años. Bajo la azul superficie de ese lago hay mucho lodo.

«Todas las cosas tienen su lado luminoso y su lado sombrío. ¿Recuerdas a tu amiga Rosa Té? Pues vive en ese cielo de

teatro tan lleno de talco y de oropeles y de lienzos pintados. Y el marido que escogió la engaña y huye de su lado para correr en pos de mujeres que valen menos que ella. Hay mortajas de seda y ataúdes de palo santo, pero en todos hormiguan y muerden los gusanos».

Manón, sin embargo, anhelaba esos triunfos y esas galas. Por eso dormía soñando con regocijos y con fiestas. Un galán, parecido a los errantes caballeros que figuran en las leyendas alemanas, se detenía bajo sus ventanas, y, trepando por una escala de seda azul, llegaba hasta ella, la ceñía fuertemente con sus brazos y bajaban después, cimbreado en el aire, hasta la sombra del olivar tendido abajo.

Allí esperaba un caballo. Y el caballero, llevándola en brazos, como se lleva a un niño dormido, montaba en el brioso potro que corría a todo escape por el bosque. Los mastines del caserío ladraban y hasta abríanse las ventanas y en ellas aparecían rostros medrosos; los árboles corrían, corrían en dirección contraria, como un ejército en derrota, y el caballero la apretaba contra el pecho, rizando con su aliento abrasador los delgados cabellos de su nuca.

En ese instante, el alba salía fresca y perfumada de su tina de mármol llena de rocío. ¡No entres –ioh fría luz!–, ¡no entres a la alcoba en donde Manón sueña con el amor y la riqueza! Deja que duerma, con su brazo blanco pendiente fuera del colchón, como una virgen que se ha embriagado con el agua de las rosas. Deja que las estrellas bajen del cielo azul, y que se prendan en sus orejas diminutas de porcelana transparente.

La hija del aire

Pocas veces concurre al Circo. Todo espectáculo en que miro la abyección humana, ya sea moral o física, me repugna grandemente. Algunas noches hace, sin embargo, entré a la tienda alzada en la plazoleta del Seminario. Un saltimbanco se dislocaba haciendo contorsiones grotescas, explotando su fealdad, su desvergüenza y su idiotismo, como esos limosneros que, para estimular la esperada largueza de los transeúntes, enseñan sus llagas y explotan su podredumbre. Una mujer –casi desnuda– se retorció como una víbora en el aire. Tres o cuatro gimnastas de hercúlea musculación se arrojaban grandes pesos, bolas de bronce y barras de hierro. ¡Cuánta degradación! ¡Cuánta miseria! Aquellos hombres habían renunciado a lo más noble que nos ha otorgado Dios: al pensamiento. Con la sonrisa del cretino ven al público que patatea, que aúlla y que los estimula con sus voces. Son su bestia, su cosa. Alguna noche, en medio de ese redondel enarenado, a la luz de las lámparas de gas y entre los sonos de una mala murga, caerán desde el trapecio vacilante, oirán el grito de terror supremo que lanzan los espectadores en el paroxismo del deleite, y morirán bañados en su propia sangre, sin lágrimas, sin piedad, sin oraciones.

Pero lo que subleva más mis pensamientos es la indigna explotación de los niños. Pocas noches hace, cayó una niña del caballo que montaba y estuvo a punto de ser horriblemente pisoteada. ¿Recordáis a la pobrecita hija del aire, que vino al mismo circo un año hace? Todavía me parece estarla viendo: el payaso se revuelca en la arena, diciendo insulsas gracejadas; de improviso miro subir por el volante cable que termina en la barra del trapecio a un ser débil, pequeño y enfermizo. Es una niña. Sus delgados bracitos van tal vez a quebrarse; su cuello va a troncharse y

la cabeza rubia caerá al suelo, como un lirio cuyo delgado tallo tronchó el viento. ¿Cuántos años tiene? ¡Ay! ¡Es casi imposible leer la cifra del tiempo en esa frente pálida, en esos ojos mortecinos, en ese cuerpo adrede deformado! Parece que esos niños nacen viejos.

Ya se encarama a los barrotes del trapecio: ya comienza el suplicio. Aquel cuerpo pequeño se descoyunta y se retuerce, gira como rehilete, se cuelga de la delgada punta de los pies, y, por un milagro de equilibrio, se sostiene en el aire, detenido por los talones diminutos que se pegan a la barra movediza. A ratos, sólo alcanzo a ver una flotante cabellera rubia, suelta como la de Ofelia, que da vueltas y vueltas en el aire. Diríase que la sangre huye espantada de ese frágil cuerpo que tiene la blancura de los asfixiados, y se refugia únicamente en la cabeza. El público aplaude... Ninguna mujer llora. ¡He visto llorar a tantas por la muerte de un canario!

Cuando acaba el suplicio, la niña baja del trapecio, y con sus retratos en la mano comienza a recorrer los palcos y las gradas. Pide una limosna. Pasa cerca de mí: yo la detengo.

—¿Estás enferma?

—No; pero me duele mucho...

—¿Qué te duele?

—Todo.

La luz de sus pupilas arde tenuemente, como la luz de una luciérnaga moribunda. Sus delgados labios se abren para dar paso a un quejido, que ya no tiene fuerzas de salir. Sus bracitos están flacos, pálidos, exangües. Es la hija del dolor y de la tristeza. Así, tan pálida y tan triste era la niña que miré agonizar, y cuya imagen quedó grabada para siempre en mi memoria. La infancia no tiene para ella tintes sonrosados, ni juegos, ni caricias, ni alegrías. No: es el alma que viene; es el alma que se va.

Di, pobre niña: ¿qué, no tienes madre? ¿Naciste acaso de una pasionaria, o viniste a la tierra en un pálido rayo de luna? Si tuvieras madre, si te hubieran arrebatado de sus brazos, ella, con esa adivinación incomparable que el amor nos da, sabría que aquí llorabas y sufrías; traspasando los mares, las montañas, vendría como una loca a libertarte de esta esclavitud, de este suplicio. No, no hay madres malas; es mentira. La madre es la proyección de Dios sobre la tierra. Tú eres huérfana.

¿Por qué no moriste al punto de nacer? ¿Por qué recorres con los pies desnudos ese duro país del sufrimiento? Di, pobre niña, ¿qué, tú no tienes ángel de la guarda? Estás muy triste; nadie endulza tu tristeza. Estás enferma: nadie te cura ni te acaricia blandamente. ¡Ah! ¡Cómo envidiarás a esas niñas felices y dichosas que te vienen a ver, al lado de sus padres! ¡Ellas no han sentido cómo la recia mano de un gimnasta desalmado quiebra los huesos, rompe los tendones y disloca las piernas y los brazos, hasta convertirlos en morillos elásticos de trapo! Ellas no han sentido cómo se encala en carne viva el látigo del adiestrador que te castiga. Para ellas no hay trabajo duro; no hay vueltas ni equilibrios en la barra fija. ¡Tienen madre!

Di, pobre niña: ¿por qué no te desprendes del trapecio para morir siquiera y descansar? Tú, enferma blanca, triste, paseas lánguidamente tu mirada. ¡Cómo debes odiarnos, pobre niña! Los hombres –pensarás– son monstruos sin piedad, sin corazón. ¿Por qué permiten este cruentísimo suplicio? ¿Por qué no me recogen y me dan, ya que soy huérfana, esa madre divina que se llama la santa Caridad? ¿Por qué pagan a mis verdugos y entretienen sus ocios con mis penas? ¡Ay, pobre niña!, tú no podrás quejarte nunca a nadie. Como no tienes madre en la tierra, no conoces a Dios y no le amas. ¡Te llaman hija del aire; si lo fueras, tendrías alas; y si tuvieras alas, volarías al cielo!

¡Pobre hija del aire! ¡Tal vez duerme ahora en la fosa común del camposanto! La niña mártir de la temporada no trabaja en

el trapecio, sino a caballo. Todo es uno y lo mismo.

Oigo decir con insistencia que es preciso ya organizar una sociedad protectora de los animales. ¿Quién protegerá a los hombres? Yo admiro esa piedad suprema, que se extiende hasta el mulo que va agobiado por el peso de su carga, y el ave cuyo vuelo corta el plomo de los cazadores. Esa gran redención que libra a todos los esclavos y emprende una cruzada contra la barbarie es digna de aprobación y de encarecimiento. Mas ¿quién libertará a esos pobres seres que los padres corrompen y prostituyen, a esos niños mártires cuya existencia es un larguísimo suplicio, a esos desventurados que recorren los tres grandes infiernos de la vida: la Enfermedad, el Hambre y el Vicio?

Tragedias de actualidad

(EL ALQUILER DE UNA CASA)

PERSONAJES

EL PROPIETARIO: hombre gordo, de buen color, bajo de cuerpo y algo retozón de carácter.

EL INQUILINO: joven flaco, muy capaz de hacer versos.

LA SEÑORA: matrona en buenas carnes, aunque un poquito triquinosa.

Siete u ocho niños, personajes mudos.

ACTO ÚNICO

EL PROPIETARIO: ¿Es usted, caballero, quien desea arrendar el piso alto de la casa?

EL ASPIRANTE A LOCATARIO: Un servidor de usted.

–¡Ah! ¡Ah! ¡Pancracia! ¡Niños! Aquí está ya el señor que va a tomar la casa. (La familia se agrupa en torno del extranjero y lo examina, dando señales de curiosidad, mezclada con una brizna de conmiseración.) Ahora, hijos míos, ya le habéis visto bien; dejadme, pues, interrogarlo a solas.

–¿Interrogarme?

–Decid al portero que cierre bien la puerta y que no deje entrar a nadie. Caballero, tome usted asiento.

–Yo no quisiera molestar..., si está usted ocupado...

–De ninguna manera, de ninguna manera; tome usted asiento.

–Puedo volver...

–De ningún modo. Es cuestión de brevísimos momentos. (Mirándole.) La cara no es tan mala..., buenos ojos, voz bien timbrada...

–Me había dicho el portero...

–¡Perdón! ¡Perdón! ¡Vamos por partes! ¿Cómo se llama usted?

–Carlos Saldaña.

–¿De Saldaña?

–No, no señor, Saldaña a secas.

–¡Malo, malo! El de habría dado alguna distinción al apellido. Si arrienda usted mi casa, es necesario que agregue esa partícula a su nombre.

–¡Pero, señor!

–Nada, nada: eso se hace todos los días y en todas partes; usted no querrá negarme ese servicio. Eso da crédito a una casa... Continuemos.

–Tengo treinta años, soy soltero.

–¿Soltero?... ¿Todo lo que se llama soltero? Yo no soy rigorista ni maníaco: recuerdo aún mis mocedades; no me disgustaría encontrar lindos palmitos en la escalera; el ruido de la seda me trae a la memoria días mejores... Pero ¡salvemos las conveniencias, sobre todo!

–Pero, señor mío...

–Sí, sé lo que va usted a contestarme: que esto no me atañe, que nadie me da vela en ese entierro; pero, mire usted por ejemplo, me disgustaría espantosamente que la

novia de usted fuera morena...

–Repito que...

–Estése usted tranquilo; será una debilidad, yo lo confieso, ipero a mí me revientan las morenas! No puedo soportarlas. Dejemos, pues, sentado que, si la casa le conviene, se obliga usted por escrito a que todas sus amigas sean muy rubias. ¿Tiene usted profesión?

–Ninguna.

–Lo celebro. Es la mejor garantía de que los inquilinos no harán ruido.

–Me dedico a cuidar mis intereses...

–Perfectamente, ya hablaremos de eso: le voy a presentar con mi abogado.

–Gracias. Tengo el mío.

–No importa, cambiará usted en cuanto se mude a casa. Yo he prometido solemnemente a mi abogado darle la clientela de mis inquilinos. Y ¿qué tal de salud?

–Yo, bien, ¿y usted?

–No, no digo eso: lo que pregunto es cuál es su temperamento. ¿Es usted linfático, sanguíneo, nervioso?

–Linfático..., me parece que linfático.

–¡Pues desnúdese usted!

–¿Qué...?

–Por un instante. Es una formalidad indispensable. No quiero que mis inquilinos sean enfermos.

–Pero...

–¡Vamos! La otra manga. ¡Malo!, imalo! No parecía usted tan flaco. ¿Sabe usted cuánto pesa?

–No.

–El cuello es corto... ¡Dios mío! Esas venas; ¡mucho cuidado con la apoplejía!

–¿No acabaremos?

–Será preciso que usted se comprometa formalmente a tomar una purga al principio de cada estación. Yo indicaré a usted la botica en que debe comprarla.

–¿Puedo ponerme la levita?

–Espere usted un momento. ¿No hace usted ejercicio?

–Doy once vueltas a la Alameda por las tardes.

–Eso es poco. De hoy en adelante vivirá usted en el campo tres meses cada año. Eso conviene para la buena ventilación de las viviendas y para que se conserve en buen estado la escalera. Nosotros siempre viajamos en otoño.

–Conque habíamos dicho que treinta y cinco pesos...

–¿Qué?

–Confieso a usted que la renta me parece un poquito exagerada...

–Pero hombre, ¡qué renta ni qué ocho cuartos! ¡Todo se andará! ¡Vamos por partes!

–Pero...

–¿Si pensará usted que alquilarme una casa es lo mismo que comprarse un pantalón? Pasa usted por la calle, mira usted la cédula, sube, se sienta junto a mí, y apenas han pasado tres

minutos cuando me pide las llaves. ¡Me gusta la franqueza!
¿Por qué no me pide usted mi bata y mis pantuflas?

–Yo ignoraba...

–Se tratan por lo común estos asuntos con una ligereza imperdonable.

–Volviendo, pues, a nuestro asunto, diré a usted que no subiré ni un real de treinta pesos.

–¡Caballero, ni una palabra más, o envío a usted mis padrinos!
¡Pues no faltaba más! ¿Conoce usted acaso las condiciones del arrendamiento?

–No, pero yo estoy pronto a subscribirlas siempre que sean justas y racionales.

–Oiga usted:

ART. 1º El inquilino se acostará a la misma hora que su propietario, para no turbar el reposo de este último que ocupa precisamente el entresuelo.

ART. 2º El inquilino vestirá invariablemente trajes claros para no contristar el ánimo del propietario, si por una casualidad lo encuentra en la escalera.

ART. 3º El inquilino se asomará al balcón dos veces cuando menos en el día, frotándose las manos satisfecho, con el fin de acreditar el buen orden y excelente servicio de la casa.

–¿Y cuando llueva?

–Se asomará con un paraguas... Continúo. El inquilino no entrará nunca en la casa sin fijarse con cierta complacencia en los detalles de la arquitectura, ni tendrá embarazo alguno en hacer patente, de viva voz, el entusiasmo que le produce la fachada. Mientras más gente reúna será mejor.

ART. 4º El inquilino invitará a comer al dueño todos los días

15, cuidando, por supuesto, de no llevarlo a ningún figón o fonda de segunda clase.

AUMENTO AL ART. 4° Estas comidas mensuales tienen por objeto el estrechar las amistades entre inquilino y propietario. No está prohibido al inquilino el ir acompañado de su novia.

ART. 5° El inquilino saludará muy cortésmente a su portero, que es primo, por afinidad, del propietario.

ART. 6° Los artistas y los literatos que vengán a visitar al inquilino subirán por la escalera de la servidumbre.

–¿Ya no hay más, señor?

–Quedan algunos artículos suplementarios que haré conocer a usted en su debido tiempo.

–Pues bien, todo es muy justo y muy sensato...

–Se me olvidaba... ¿No es usted masón?

–No.

–Pues lo siento. Mi mujer tiene vivísimos deseos de conocer esos secretos.

–Si usted quiere, haré que me presenten en alguna logia.

–Lo estimaré muchísimo.

–Conque quedamos en que treinta pesos...

–Dispense usted...

–¿Todavía más?

–Había olvidado preguntarle, ¿por qué dejó su antiguo domicilio?

-¡Yo, por nada! Porque arrojé por el balcón al propietario.

Las misas de Navidad

He salido a flanear un rato por las calles, y en todas partes, el fresco olor a lama, el bullicio y ruido de las plazas y la eterna alharaca de los pitos han atado mis pensamientos a la Noche Buena. Es imposible que hablemos de otra cosa. Las barracas esparcidas miserablemente en la Plaza Principal han estado esta tarde más animadas que nunca. Los vendedores ambulantes no han podido fijarse un solo instante. A cada paso tropiezo con acémilas humanas, cargadas de pesados canastones, por cuyas orillas asoman los tendidos brazos de una rama de cedro, o las hebras canas del heno. A trechos, rompiendo la monotonía de aquella masa humana vestida de guiñapos, asoma una coraza aristocrática y un sombrero de Devonshire. Cogido de la mano de su hermana, va un niño de tres años, mirando con ojos desmesuradamente abiertos cada cosa, y lanzando gritos de alegría, como notas perladas, cuyo revoltoso compás lleva con las carnosas manos impacientes. La luz de las hogueras y de los hachones, llameando velozmente, comunica a las fisonomías ese reflejo purpúreo que ilumina las pinturas venecianas. Ahí distingo el cuerpo esbelto y elegante de la señorita C..., la reina de la delgadez aristocrática, cubierto por un vestido seda perla con grandes rayas negras. Lleva un niño de la mano, y, encorvando su cuerpo graciosamente, espera que el vendedor de tostada cara y gruesas manos llene el cesto que sostiene en sus brazos un lacayo. Es la Diana de Juan Goujon en el mercado.

Una muchedumbre desarrapada circula trabajosamente por la plaza. Los gritos de los mercachifles, que pregonan sus objetos, aturden el oído, junto con el destemplado quejar de algunos pitos, semejante a crujido agrio y rasposo de una falda de seda al desgarrarse. Las velas cloróticas que alumbran las barracas esparcen una luz amarillenta, que

contrasta con el rojo radical de los hachones. De cuando en cuando se aproxima un coche, llega, se detiene, salta el lacayo del pescante, se abre la portezuela, cae el estribo y un pie perfectamente aprisionado en un botín irreprochable toca el suelo. Tras de la polla que ha saltado primero del carruaje, y cuyo rostro estamos habituados a mirar en el palco ambulante del paseo y en el trois quarts inmóvil del teatro, descienden los pequeñuelos hermanitos y la mamá que se adelanta paso a paso. A una distancia respetuosa, y colgada del brazo una canasta enorme, viene el lacayo con su librea color de hoja marchita.

Igual animación reina en las calles. Los cajones permanecen abiertos y con los aparadores iluminados hasta muy entrada la noche. Apenas es posible transitar por las aceras. Algunas amas, a quienes la noche ha sorprendido, trotan, temiendo llegar muy tarde, por el embanquetado, tirando de la mano al niño perezoso que se resiste a empeñar una carrera. Junto al cristal de cada aparador se agrupan los curiosos transeúntes, y observan con fijeza, ya las velas microscópicas de esperma, que han agotado todos los colores del iris, ya los juguetes caprichosos y droláticos, ya las cajas y obsequios de año nuevo.

El aire frío que azota nuestros rostros parece como que va diciendo a mis oídos: "¡Anda, necio! La noche va a ser helada; el aire congelado empaña los cristales; tienta las hojas del rosal, están ya húmedas como los labios del niño cuando suelta el ubérrimo seno de la madre, cada cual se refugia en su casita, donde hay ojos azules y cabelleras rubias junto al fuego: ésta es la fiesta del hogar, la fiesta del abuelo, la fiesta de la esposa, la fiesta de los hijos; la cena patriarcal que reúne a todos bajo la tosca mesa de encino es el gran símbolo de la familia creada por el Evangelio; ¿no oyes los gritos de alegría que se escapan por las junturas de esa persiana mal cerrada? ¿No ves las llamas inquietas de las velas, perdidas, como fuegos fatuos, en el ramaje obscuro del árbol de Noël? ¡Tristes de aquéllos que corren las calles

con su gabán abotonado, mirando por los resquicios de las puertas el fuego de un hogar que está de fiesta! ¡Tristes de aquéllos que no tienen un árbol de Noél!

La noche de Navidad es la noche de las resurrecciones y de los recuerdos. Los niños, al dormirse en sus cunas, quedan confiados en el espíritu misterioso que bajará durante el sueño para llenar de dulces y juguetes los botines nuevos que han dejado a propósito en la chimenea. El hada que visita estas botitas se llama en Italia el hada Befana. En Alemania, lejos de las grandes ciudades, en los pueblos de campesinos y burgueses, las muchachas se asoman al sonar las doce de la noche al pozo, cuyas aguas turbias brillan como una pupila enferma, para buscar, trazada en su superficie, la imagen de sus novios. Las aldeanas que vuelven a sus casas, después de oír la misa de media noche, descubren casi siempre entre la oscura fronda de los árboles, el cuerpo blanco y ágil de las willis, que se entregan a un vals interminable. ¡La misa de la media noche! Yo sé de una leyenda que Alphonse Daudet ha recogido en una de sus obras, y que hace abrir desmesuradamente los ojos a los buenos campesinos que la escuchan con el cabello hirsuto.

Figuraos que estáis en una sacristía telarañuda, y que oís este diálogo:

—¿Dos cabritos trufados, Garrigú?

—Sí, reverendo padre, dos cabritos; dos cabritos llenísimos de trufas. Yo mismo he ayudado a rellenarlos. Su piel, fuerte y estirada, daba traquidos de angustia al entrar al horno.

—¡Garrigú... , el sobrepelliz! ¡Dios mío! ¡Yo que deliro por las trufas! ¿Dos cabritos, eh? ¿Y qué más?

—Lo más apetitoso y exquisito. Desde en la mañana nos hemos ocupado solamente en desplumar faisanes, pavos y pichones. Una nube de plumas, danzando por el aire, nos rodeaba constantemente. En seguida vinieron las anguilas, las

doradas carpas y las truchas.

–¿Truchas, eh? ¿Y de qué tamaño?

–¡Inmensas, reverendo padre, enormes!

–¡Dios mío! ¡Si ya parece que las veo!... ¿Llenaste ya las vinajeras?

–Sí, reverendo padre, pero ese triste vino no puede compararse con el que apuraréis al acabar la misa, en el castillo. Si vierais en el comedor los tarros y garrafas que resplandecen, llenos hasta el borde de exquisito vino. ¡Y la vajilla de plata!, ¡las fuentes cinceladas..., y las flores, los candelabros!... ¡Nunca, nunca puede haberse saboreado mejor cena! El señor marqués ha invitado a todos los nobles que habitan en las cercanías; cuarenta, sin contar al tabelión, llegarán a la mesa. ¡Qué afortunado sois, mi reverendo padre!

Sólo de haber sentido el humo de las trufas, su pícaro olor me sigue por doquiera...

–¡Vamos, vamos, hijo mío! ¡Dios nos preserve de la gula, y sobre todo en la noche de Navidad! Enciende los cirios y da el primer toque de misa. Ya falta poco para la media noche, y es preciso no atrasarse un solo instante.

Sostenían esta plática en una noche de Noél del año de gracia de mil seiscientos y tantos, el reverendo don Balaguer, antiguo prior de los Barnabitas, a la sazón capellán pensionado de los altos y poderosos señores de Trinquelag, y su ayudante Garrigú, o, para decirlo mejor, el que don Balaguer tomaba por su ayudante Garrigú; pues como más tarde se verá, el diablo había tomado aquella noche la cara redonda y las facciones indecisas del joven sacristán para inducir al reverendo padre en tentación y hacerle cometer el feo pecado de la gula. Así, pues, ínterin el que se llamaba Garrigú. (¡Hum!, ¡hum!), repicaba sin tregua las campanas, despertando los modorros ecos del feudal castillo, el reverendo terminaba de revestir su casulla en la pequeña

sacristía, ya, algo inquieto por esas tentaciones gastronómicas, y repitiendo para sus adentros, mentalmente:

–¡Dos cabritos trufados! ¡Pavos! ¡Carpas! ¡Truchas!

Entretanto, el cierzo de la noche se quejaba afuera, desmoronando en el espacio la alegre música de las campanas. Poco a poco iban surgiendo de la sombra, en la árida pendiente de la montaña, vagas luces que se iban aproximando a la pesada fábrica feudal. Eran las familias de los campesinos que venían a la misa de gallo en el castillo. Reunidos en grupos de seis o siete, se encaramaban cantando, por la ladera pedregosa, guiados por el padre que, linterna en mano, iba alumbrando su camino. Los niños, acurrucándose junto a las madres, se cobijaban con sus holgadas mantas pardas. A pesar de la hora y a pesar del frío, todo aquel pueblo iba regocijado y alegrísimo, seguro de que, una vez terminados los oficios, hallarían en la cocina del castillo la mesa que se servía todos los años. De cuando en cuando, interrumpiendo la penosa marcha, separábanse los grupos para dejar el paso libre a alguna carroza, que, precedida de cuatro batidores, con antorcha en mano, hacía espejear sus diáfanos cristales heridos por la luna. Instantes después, un obediente mulo, que hacía repiquetear sus cascabeles, atravesó trotando junto a los aldeanos. A la luz de las linternas, circuidas de bruma, los campesinos reconocieron al señor alcalde.

–¡Buenas noches, señor alcalde!

–¡Buenas noches, buenas noches, hijos míos!

La noche estaba clara; el frío avivaba el resplandor movedizo de los astros; el cierzo raspaba duramente el cutis, y una tenue escarcha, resbalando por los vestidos sin mojarlos, sembraba como pequeñas cabezas de alfiler en las pesadas mantas de lana, y conservaba fielmente la tradición de Navidad, blanca de nieve. Arriba de la montaña aparecía el castillo como el término de aquella caminata, con su masa

enorme de torres y piñones, con el campanario de su capilla gótica, incrustándose en el azul del cielo, y con la muchedumbre de impacientes luces, que pestañeaban, iban y venían agitándose en todas las ventanas, semejantes, sobre el fondo sombrío de aquella fábrica, a las chispas que corren y se alcanzan en las cenizas del papel quemado. Pasado el puente levadizo y la poterna, era preciso, para entrar a la capilla, atravesar el primer patio todo lleno de carrozas, lacayos y literas, y alumbrado por el fuego de las antorchas y el rojizo resplandor de la cocina. En aquel patio se oía constantemente el retintín del asador, el estrépito de las cacerolas, el choque de los cristales y la argentería. Todos estos preparativos de la cena y el vapor tibio que llegaba a sus olfatos, trascendiendo a carnes bien asadas y salsas de legumbres olorosas, hacían decir a los campesinos, como al señor capellán, como al alcalde:

—¡Qué bien vamos a cenar después de misa!

¡Drelindín... Drelindín!

Ya comienza la primera misa de la medianoche. En la capilla del castillo, toda una catedral en miniatura, de arcos entrecruzados y raros enmaderamientos de nogal que suben por todo lo alto de los muros, se han desenrollado todos los tapices y encendido todos los cirios. ¡Cuántos devotos! ¡Qué multitud de trajes! He aquí primero, arrellanados en la esculpida sillería del coro, al alto y poderoso señor de Trinquelag, con su vestido de tafetán salmón, acompañado de los nobles señores invitados. Un poco más adelante, arrodilladas en grandes reclinatorios revestidos de espeso terciopelo, oran devotamente la marquesa viuda, con su traje de brocado color de fuego, y la señora joven de Trinquelag, peinada con una torre altísima de encajes a la última moda de la corte. Más abajo se levantan enlutados, con sus mejillas desprovistas de barba y sus pelucas inconmensurables, el alcalde Thomas Arnoton y el tabelión maese Ambroy; dos notas graves extraviadas entre las sedas deslumbrantes y el damasco espolinado. En seguida se destacan los

mayordomos, los pajes, los picadores, los intendentes, doña Barba con su manojo de llaves, colgadas en la cintura por medio de un anillo de bruñida plata. Y hasta el fondo, en las bancas para el pueblo, los sirvientes, los campesinos, los pecheros, escoltados todavía por una multitud de marmitones, que en el extremo de la capilla, junto a la puerta de alto cancel, que a cada rato abren y cierran, vienen a oír algún versículo de los oficios y a traer no sé por qué vago olor de cena a aquella iglesia revestida de fiesta, y cuya atmósfera caldean las llamas rojas de los cirios.

¿Será la presencia de esos mandiles blancos causa de las involuntarias distracciones del oficiante? Lo cierto es que la pícara campanilla, movida por el sacristán con una precipitación diabólica, parece que va diciendo con voz aguda: «¡Vamos! ¡Vamos! Mientras más pronto reces, más pronto nos sentaremos a la mesa.»

Y el hecho es que cada vez que suena –ipícara campana!– el capellán se olvida de la misa para ya no pensar más que en la cena. Y se imagina el incesante movimiento que debe haber en la cocina, los hornos en donde flamea y choca el fuego de una fragua, el humo que dejan escapar las tapaderas entreabiertas, y a través de ese humo mira dos cabritos magníficos, con trufas.

O bien mira pasar hileras de vistosos pajecillos, llevando con prudencia platonos circuidos de un humo tentador, entra con ellos al salón ya apercebido para la fiesta y –¡oh delicia!– he aquí la inmensa mesa toda resplandeciente, ya cargada con los pavos vestidos de sus plumas, los faisanes abriendo sus moradas alas, las botellas color de rubíes, las pirámides de frutos destacándose entre las ramas verdes, y, por último, esos pescados prodigiosos de que tanto había hablado Garrigú (¡Garrigú! ¡Garrigú...!, ¡hum...!) extendidos sobre un lecho de hinojo, con sus escamas, nacaradas todavía, como si hubieran salido recientemente de las ondas, y con un ramillete de hierbas olorosas en su nariz de monstruo. Y era tan viva la visión de todas estas maravillas, que don

Balaguer pensó por un instante que aquellos platos succulentos estaban ya servidos sobre el mantel bordado del altar, y dos o tres veces, en vez del Dominus vobiscum, dijo el Benedicite. Pero dejando a un lado estas ligeras equivocaciones, el pobre padre oficiaba conforme a sus deberes, sin saltar una línea ni omitir una genuflexión. Todo fue así hasta la conclusión de la primera misa.

–¡Y va una! –dijo por fin el capellán con un suspiro de alivio. Incontinenti, sin perder un minuto, hizo una seña al sacristán, o mejor dicho, al que creía que era su sacristán, para que llamase a la segunda misa.

¡Drelindín! ¡Drelindín!

Y he aquí que empieza la segunda misa y con ella el pecado de don Balaguer. «¡Más aprisa, más aprisa, más aprisa!», dice con voz tipluda y agria la campana diabólica de Garrigú, y en esta vez el oficiante se abandona al dominio de la gula, devora las páginas del misal, con la avidez de su apetito sobreexcitado. Frenéticamente se hinca, se levanta, esboza la figura de la cruz, apresura todos sus gestos, todos sus movimientos para acabar más pronto. Apenas golpea su pecho con el Confiteor, cuando extiende los brazos en el Evangelio. Entre él y el sacristán se empeña una diabólica carrera. Versículos y respuestas se precipitan, se atropellan. Las palabras pronunciadas a medias, sin abrir la boca, porque esto hubiera exigido un despilfarro inútil de tiempo, terminan en sílabas incomprensibles.

Como vendimiadores apremiados, que magullan la uva en los barriles, ambos estropean el latín de la misa, despidiendo astillas desquebrajadas del idioma. Y durante este vértigo espantoso, la infernal campanilla, repicando siempre, espolea al desgraciado capellán, como esos cascabeles que se cuelgan a los caballos de posta para hacerlos trotar cosquilleándolos.

¡Imaginaos en qué breves momentos terminaría la misa!

–¡Y ya van dos! –murmuró el reverendo, jadeante. Pero sin dejarse tiempo de respirar, con el rostro encendido, escurriendo sudor de la espantada frente, baja temblando las gradas del altar y...

¡Drelindín! ¡Drelindín!

He aquí que empieza la tercera misa.

Unos minutos más, y el comedor se descubre, por fin, ante sus ojos. Pero ¡ay!, a medida que la cena se aproxima, el infeliz don Balaguer se siente más y más movido por la impaciencia loca de la gula. Las carpas doradas, los cabritos asados están ahí; ya los toca, ya los palpa... Los platones humean, los vinos embalsaman, y, sacudiendo su cascabel aguijoneante, la campanilla dice sin descanso:

–¡Aprisa!, ¡aprisa!, ¡más aprisa!

¿Pero cómo podría ir más aprisa? Sus labios apenas se mueven; ya no pronuncia las palabras. De tentación en tentación, comenzó por saltar un versículo y ahora salta dos. La Epístola es demasiado larga y no la acaba. Tartamudea las primeras palabras del Evangelio. Suprime el Padre Nuestro y saluda de lejos el Prefacio. Y así, con brincos y con saltos, se precipita en la falta espoleado por Garrigú «¡Vade retro, Satanás!», que le secunda con prodigiosa perspicacia, levantándole la casulla, volteando las hojas del misal dos a dos y cuatro a cuatro, derramando las vinajeras y repicando endemoniadamente más y más aprisa.

¡Era de verse la cara espantadísima de los asistentes! Obligados a seguir, guiados por la mímica del padre, aquella misa, de la que no entendían una palabra, poníanse éstos de pie cuando los demás se arrodillaban, y en todas las fases de aquel oficio nunca visto la muchedumbre se revolvía en las bancas con diversas actitudes. La estrella de Navidad, que iba avanzando por el cielo, camino del pequeño establo, palideció de espanto y de terror.

–¡El padre reza demasiado aprisa! –dice sin detenerse la marquesa sacudiendo su cofia limpia y blanca. El alcalde, con los anteojos de acero cabalgando en su nariz, busca inútilmente en su devocionario el pasaje que reza el sacerdote. Pero, en rigor de la verdad, aquellas buenas gentes, a quien la esperanza de la cena agujonea, no se enfadan por la precipitación de la misa, y cuando don Balaguer, con la cara resplandeciente, se vuelve al auditorio y exclama con todas sus fuerzas: *Ite, missa est*, el coro a una voz dice: *Deo gratias*, con acento tan limpio, tan alegre, que parece mezclado y confundido con los primeros brindis de la cena.

Cinco minutos después, aquella muchedumbre de señores entraba a la gran sala y tomaba asiento en torno de la mesa, presidida por el capellán. El castillo, iluminado de arriba abajo, se poblaba de cantos y carcajadas y rumores, y el venerable don Balaguer hundió su tenedor en una ala de capón, ahogando sus remordimientos con el vino del Papa y el sano jugo de las carnes. Tanto comió y tanto bebió el asendereado padre, que por la noche murió de una tremenda apoplejía, sin tiempo para arrepentirse, y en la mañana llegó al cielo, repercutiendo aún los cantos de la fiesta.

–¡Retírate, mal cristiano! –le dijeron–. Tu falta es sobrado grande para borrar toda una vida de virtud. Pecaste diciendo indignamente la misa de la Navidad. ¡Pues bien, en pago, no podrás penetrar al Paraíso sino después de rezar trescientas misas de Navidad, en presencia de todos aquéllos que contigo pecaron por tu alta!

He aquí la verdadera leyenda de don Balaguer, tal como la relatan en el país de los olivos. Ahora, el castillo de Trinquelag no existe ya, pero la capilla se conserva aún, erguida y recta, entre el ramillete de encinas verdes que coronan el monte. El viento golpea y bate la puerta desunida; la hierba estorba en el suelo; hay nidos en los rincones del altar y en las aberturas de las ventanas cuyos vidrios han

desaparecido desde hace mucho tiempo. Sin embargo, cuentan que todos los años, en la Noche Buena, una luz sobrenatural vaga por las ruinas; y que, yendo camino de la iglesia, los campesinos contemplan aquel espectro de capilla, iluminado por cirios invisibles, que arden a la intemperie, entre los ventarrones y la nieve. Sonreíd, si os place; pero un vendimiador de la comarca afirma que una noche de Navidad, hallándose en el monte, perdido en la vecindad de las ruinas, vio... eriza los cabellos lo que vio. Hasta las once, nada. Todo estaba silencioso, inmóvil y apagado. Pero, al sonar la media noche, una campana, olvidada tal vez en el campanario derruido, una campana vieja, ya caduca, que parecía sonar a quince leguas de distancia, tocó a misa. Después, por la pendiente del camino, el infeliz trasnochador vio sombras indecisas agitándose y linternas opacas que subían. Ya cerca de las ruinas, voces salidas de gargantas invisibles murmuraban:

–Buenas noches, señor alcalde.

–Buenas noches, buenas noches, hijos míos.

Cuando la copa de fantasmas penetró al interior de la capilla, el pobre vendimiador, que es bravo mozo, se aproximó de puntillas a la puerta, y viendo a través de los maderos rotos, presencié un raro espectáculo. Todos los fantasmas que había visto pasar estaban alineados en derredor del coro y en la ruinosa nave, como si hubiese bancas y sillones todavía. Y había entre ellos grandes damas vestidas de brocado, con sus cofias de encaje; caballeros repletos de bordados, y labradores de chaquetas floreadas, tales como debieron usarse en la época remota de nuestros abuelos; todos con aspecto decrepito, amarillo, polvoriento y fatigado. A cada rato, las lechuzas, huéspedes cíe la capilla, despertadas por la luz, hacían su ronda en torno a los cirios, cuya flama subía vaga y erguida como si ardiese dentro de una gasa. Y era cosa de ver un personaje, en cuya nariz acaballetada cabalgaban unos anteojos cíe acero, moviendo a cada instante su peluca negra, sobre la que se había parado una

lechuza, batiendo en silencio sus enormes alas.

Allá en el fondo, un viejo de cortísima estatura, puesto de hinojos en la mitad del coro, meneaba una campana sin badajo que ya no producía sonido alguno, en tanto que de pie, junto al altar, revestido de una casulla cuyos dorados estaban ya verdosos, parecía decir misa un sacerdote cuya voz no producía rumor ninguno. ¡Era don Balaguer diciendo su tercera misa!

Los suicidios

Hoy que está en moda levantar la tapa de los ataúdes, abrir o romper las puertas de las casas ajenas, meter la mano en el bolsillo de un secreto, como el ratero en el bolsillo del reloj, ser confesor laico de todo el mundo y violar el sigilo de la confesión, tomar públicamente y como honra la profesión de espía y de delator, leer las cartas que no van dirigidas a uno, y no sólo leerlas, sino publicarlas, ser, en suma, repórter indiscreto, nadie tomará a mal que yo publique, callando el nombre del signatario por un exceso candoroso de pudor, por arcaísmo, la carta de un suicida, que en nada se pareció a los desgraciados de quienes la prensa ha hablado últimamente.

Leía hace pocas noches, en la gacetilla arlequinesca de un periódico, la noticia de un suicidio recientemente acaecido. El párrafo en que se da cuenta del suceso desgraciado mueve con descaro las campanillas del bufón; refiere aquel suicidio con la pluma coqueta y juguetona que se empleó poco antes en referir una cena escandalosa o una aventura galante de la corte; habla de la muerte con el mismo donaire que usaría para describir, en la crónica de un baile, el traje blanco de la señora X. Trátase de un joven que, en el primer día de camino, se postra de fatiga y arroja con desdén el nudoso bordón que le ha servido; de una madre que llora sin consuelo, mirando vacío en el hogar el hueco, aún tibio, que ocupaba su hijo; y todo esto se refiere sencilla y alegremente, con la sonrisa en los labios, saboreando el delgado cigarrillo que se ha encendido para salir del teatro. Esta nerviosa carcajada, que no es la cíe Lucrecio al mofarse con ira de sus antiguos dioses; que no es la de Lord Byron al sentir rodeado su espíritu por los anillos recios de las víboras que devoraban el cuerpo de Laocoonte; que no es la de Gilbert al acercarse, circuido de rosas, a la tumba; que no

puede compararse a nada de esto, porque no la engendra ni el dolor, ni la duda, ni el escepticismo, me parecía la risotada de un imbécil ante la fosa llena de cadáveres. Y apartando de mi vista la hoja impresa, recordé con repugnancia el *Decamerón* de Boccaccio, apareciendo en los días cíclicos la peste de Florencia.

En el monólogo de *Hamlet*, que es un precioso dato sobre la idea del suicidio en el siglo XVI, se perciben claramente los terrores de la duda. Hoy, al abrirse las puertas de la eternidad, no se pregunta nadie cuál podrá ser el sueño de la tumba. Se muere con la sonrisa en los labios, paladeando las gacetillas románticas y almibaradas en que se dará cuenta al público del acontecimiento. Nuestro moderno *Hamlet*, después de almorzar succulentamente, no formula el *to be or not to be*; toma el veneno, y, si es franco, si es sincero, escribe a algún amigo una carta, como ésta que yo guardo en el más secreto cajón de mi bufete:

Caballero:

Voy a matarme porque no tengo una sola moneda en mi bolsillo, ni una sola ilusión en mi cabeza. El hombre no es más que un saco de carne que debe llenarse con dineros. Cuando el saco está vacío, no sirve para nada.

Hace mucho tiempo, cuando yo tenía quince años, cuando temblaba al escuchar el estampido de los rayos, creía en Dios. Mi madre vivía aún, y, por las noches antes de acostarme, hacía que, cíclicos rodillas en mi lecho, le rezara a la Virgen. Perdóne usted que las líneas anteriores casi vayan borradas: cuando pienso en mi madre, las lágrimas se saltan a mis ojos.

Todavía me parece estar mirando la ceremonia de mi primera comunión. Muchos días antes me había estado preparando para este solemne acto. Yo iba por las noches a la celda de un sacerdote anciano que me adoctrinaba. ¡Cuán pueriles temores solían asaltar mi pobre pensamiento en esas noches!

Puedo asegurar que mi conciencia era entonces una página blanca, y, sin embargo, la idea de comulgar en pecado me aterrorizaba. Al salir por el claustro silencioso, sólo alumbrado a trechos por una que otra agonizante lamparilla, andando de puntillas para no oír el eco de mis pasos, se me figuraba que las formas gigantes de prelados y monjes, desprendidas de los enormes lienzos de la pared, iban a perseguirme, arrastrando pesadamente sus mantos y sotanas. Una noche –la noche en que me confesé– todos esos delirios de una imaginación enferma desaparecieron; salí regocijado de la celda como llevando el cielo dentro de mi espíritu. Ahí estaban los prelados con sus mitras, y los monjes, ceñida la correa, calada la capucha, inmóviles y mudos en los cuadros colosales del gran claustro; pero, en vez de perseguirme con adusto ceño, me sonreían al paso cariñosamente. ¡Qué blanda noche aquélla! Al amanecer del día siguiente me llegué a imaginar que las campanas repicaban el alba dentro de mi pecho. Parece imposible, caballero, que una superstición y una mentira puedan hacer felices a los hombres.

Hoy me hallo a diez mil leguas de aquel día. Durante este paréntesis oscuro, me he dedicado con empeño y con ahínco a estudiar el gran Libro de la Ciencia. Como una dama después del baile, en el misterio de su tocador iluminado por la discreta luz de sonrosada veladora, se despoja de sus adornos y sus joyas, así me he desvestido de las sencillas creencias de mi infancia. En cada libro, como las ovejas en cada zarza, he ido dejando, desgarrado, el vellón de la fe. Y ¡es tan triste el invierno de la vida cuando no se tiene ni una sola creencia que nos cubra! Las ilusiones son la capa de la vejez.

Mientras yo creí en Dios fui dichoso. Soportaba la vida, porque la vida es el camino de la muerte. Después de estas penalidades –me decía– hay un cielo en que se descansa. La tumba es una palma en me –dio del desierto. Cada sufrimiento, cada congoja, cada angustia es un escalón de esa

escala misteriosa vista por Jacob y que nos lleva al cielo. Yendo camino del Tabor, bien se puede pasar por el Calvario. Pero imagínese usted la rabia de Colón, si después de haberse aventurado en el mar desconocido, le hubiera dicho la naturaleza: ¡América no existe! Imagínese usted la rabia mía, cuando después de aceptar el sufrimiento, por ser éste el camino de los cielos, supe con espanto que el cielo era mentira. ¡Ay, recordé entonces a Juan Pablo Ricllter!

El cementerio estaba cubierto por las sombras; bostezaban las tumbas y abrían paso a los espíritus errantes; nada más los niños dormían en sus marmóreos sepulcros. Ahí el cuadrante de la eternidad, sin aguja, sin números, sin más que una mano negra que giraba y giraba eternamente. Un Cristo blanco con la blancura pálida de la tristeza alzabase en el tabernaculo.

–¿Hay Dios? –preguntaban los muertos. Y Cristo contestaba:

–¡No! Los cielos están vacíos; en las profundidades de la tierra sólo se oye la gota de la lluvia, cayendo como eterna lágrima.

Despertaron los niños, y, alzando sus manecitas, exclamaron:

–Jesús, Jesús, ¿ya no tenemos padre?

Y Cristo, cerrando sus exangües brazos, exclamó severo:

–¡Hijos del siglo: vosotros y yo, todos somos huérfanos!

A esta terrible voz que descendió rodando por las masas de sombras apiñadas, cerráronse las tumbas con estrépito, los cirios se apagaron de repente y la terrible noche tendió su ala de cuervo sobre el mundo.

–¡Hijos del siglo, todos somos huérfanos!

iCuántas veces, caballero, he repetido en mis horas de angustia estas palabras! iTodos somos huérfanos! iMi alma está entumida, y necesita, para seguir moviéndose, el calor de una creencia! Pero he despilfarrado mi caudal de fe, y en el fondo de mi corazón no queda un solo ochavo de esperanza. Soy un bolsillo vacío y una conciencia sin fe. Cuando el saco no sirve para nada, se rompe. Eso es lo que hago.

La historia de una corista

(CARTA ATRASADA)

Para edificación de los gomosos entusiastas que reciben con laureles y con palmas a las coristas importadas por Mauricio Grau, copio una carta que pertenece a mi archivo secreto y que –si la memoria no me es infiel– recibí, pronto hará un año, en el día mismo en que la troupe francesa desertó de nuestro teatro.

La carta dice así:

Mon petit Cocbon bleu.

Con el pie en el estribo del vagón y lo mejor de mi belleza en mi maleta, escribo algunas líneas a la luz amarillenta de una vela, hecha a propósito por algún desastrado comerciante para desacreditar la fábrica de la Estrella. Mi compañera ronca en su catre de villano hierro, y yo, sentada en un cajón, a donde va a sumergirse muy en breve el único resto de mi guardarropa, me entretengo en trazar garabatos y renglones como ustedes los periodistas, hombres que, a falta de champaña y Borgoña, beben a grandes sorbos ese líquido espeso y tenebroso que se llama tinta. Acaba de terminar el espectáculo, y tengo una gran parte de la noche a mi disposición. Yo, acostumbrada a derrochar el capital ajeno, despilfarro las noches y los días, que tampoco me pertenecen: son del tiempo.

Si hubiera tenido la fortuna de M. Perret, mi compañero; si la suerte, esa loca, más loca que nosotras me hubiera remitido en forma de billete de la lotería dos mil pesos, idiez mil francos!, no hubiera tomado la pluma para escribir mis confesiones. Los hombres escriben cuando no tienen dinero; y

las mujeres cuando quieren pedir algo.

A falta, pues, de otro entretenimiento, hablemos de mi vida. Voy a satisfacer la curiosidad de usted, por no mirarle más tiempo de puntillas, asomándose a la ventana de mi vida íntima. La mujer que, como yo, tiene el cinismo de presentarse en el tablado con el traje económico del Paraíso, puede perfectamente escribir sin escrúpulos su biografía.

No sé en dónde nací. Presumo que mis padres, un tanto cuanto flacos de memoria, no se acordaron más de mí unas cuantas semanas después de mi nacimiento. Todos mis recuerdos empiezan en el ahumado cubil que vio correr mis primeros años, en compañía de una vieja, cascada y sesentona, que desempeñaba oficios de acomodadora en un pequeño teatro parisiense. ¿Por qué me había recogido aquella buena mujer? jamás pude saberlo, aunque sospecho que esta buena acción había tenido poquísimo que ver con la caridad. Yo cuidaba de la cocina y hacía invariablemente cuantos remiendos eran necesarios en el deshilachado guardarropa de mi protectora. Algunos pellizcos y otros tantos palmetazos eran la recompensa de mis afanes diarios. Comíamos mal y se dormía peor, porque, si el espectáculo terminaba después de media noche, yo esperaba puntualmente la vuelta de la acomodadora, tenía en cambio que ponerme de pie en cuanto el alba rayaba, para aderezar, como Dios me daba a entender, el pobre almuerzo y arreglar los vetustos menesteres de la casa.

Muy pocas veces iba al espectáculo. Mi protectora temía, fundadamente, que el trato con la gente de teatro malease mis costumbres. Pero, conforme iba creciendo, crecían también mis ambiciones. El tugurio en que vivíamos sofocaba mis instintos de independencia y de alegría. Un joven iluminador, que vivía pared por medio de mi buhardilla, me había hecho conocer que era bonita. Cumplí diez años, doce, quince, y una mañana alegre de septiembre, lié con precaución una maleta, puse en ella los chillantes guñapos con que solía vestirme en día de fiesta, y, sin esperar la

vuelta de madame Ulises, falta de otra cosa que tomar, tomé la puerta.

Puntos suspensivos.

Si tiene usted el hilo de Ariadna, sígame como pueda en el gran laberinto parisiense. Si no lo tiene, ni es sobrado hábil para marear costeadando los escollos, confórmese con seguirme desde lejos, cuando aparezca de nuevo a flor de tierra. Víctor Hugo ha dicho:

*En los zarzales de la vida, deja
Alguna cosa cada cual, la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.*

En donde dice hombre ponga usted mujer: es una simple corrección de erratas.

Heme de nuevo aquí, ya menos pobre, después de mis excursiones subterráneas. Las puertas de un teatro se abren a mi belleza en formación, y el cielo de las bambalinas cubre con sus harapos mi descoco. El empresario era un hombre gotoso, enfermo y sucio, que pagaba perfectamente mal a las infelices figurantas. Con lo que yo ganaba en aquel teatro podía comprar tres pares de botines y algunas cuantas cajas de cerillos. Pero ésta era una cuestión completamente secundaria. Yo no aspiré jamás a vivir, como artista, del teatro. Apenas sabía leer; mis grandes conocimientos musicales hubieran atraído sobre mi cabeza una aguacero de patatas cocidas. O el arte no se había hecho para mí, o yo no había nacido para el arte. Lo único que buscaba en el teatro era a manera de la exposición permanente y bien situada en un aparador aristocrático. Cuando la mujer se resuelve a hacer de su belleza un negocio por acciones, el mercado mejor es un teatro.

Los que nada conocen ni saben de los bastidores se figuran que la puerta de ese jardín de las Hespérides está muy bien guardada por dragones y endriagos fabulosos. En ese

paraíso... de Mahoma, por supuesto, al revés de todo otro paraíso, es libre la entrada para los pecadores.

Yo, sin embargo, perdida como un átomo en la masa color de rosa de los coros, vivía penosamente, codeada por la miseria y víctima de las privaciones.

Mi belleza magnífica y extraordinaria para el pobre iluminador, mi ex vecino, pasaba inadvertida en aquel teatro, como la pieza de raso, azul o blanco, pasa también inadvertida en la gran tienda llena de encajes, seda y telas de oro. La competencia era temible. Como la esposa de Marlborough desde lo alto de su torre, yo esperaba no el regreso, sino la aparición de alguna a quien no conocía aún.

Pero ¡ay!, ningún príncipe ruso, ningún lord inglés se puso a la vista en esa larga temporada. Yo supongo que los príncipes rusos son unos entes imaginarios que sólo han existido en el cerebro hueco de los novelistas. El dinero se iba alejando de mí, como las golondrinas cuando llega el invierno y los amigos cuando llega la pobreza.

Mi antigua protectora se acordó de mí. Me hizo proposiciones ventajosas, y, seducida por sus grandes promesas, vine a América, el país del oro. Los yanquis, que conocen admirablemente todas las mercancías, con excepción de la mujer, me tomaron por una verdadera parisiense. En Nueva York se cena.

Hay rostros colorados y sanguíneos que valen die millones y espantosas levitas abrochadas que encierran una fortuna en la cartera. Yo no hablo inglés, pero ellos hablan oro. Para contestarles, bastábame una palabra sola del vocabulario: Yes.

Los americanos son los únicos hombres que hablan en plata.

La Habana es un país privilegiado. Hace mucho calor. Los negros sirven para hacer resaltar la blancura hiperbórea de las europeas.

Hay hombres que, a fuerza de vivir entre panes de azúcar, se acostumbran a desmigajar su fortuna como un terrón puesto dentro del agua. Pero La Habana es el país del azúcar y Nueva York es el país del oro. No me habléis de las razas ni de las figuras: no hay hombres más gallardos que los yanquis.

Mis impresiones de viaje tocan a su término. Ya estamos en México. Me habían dicho que ésta era la tierra de la primavera. Yo, sin embargo, no la he visto más que en el exuberante corsé de la Leroux y en los ramos que manda comprar todas las noches el director de orquesta. Me esperaba ver correr arenas de oro por las calles, como corrían entre las ondas del Pactolo; por desgracia, no he hallado más que periodistas complacientes, amigos que suelen cenar de cuando en cuando, y elegantes gomosos que nos tratan como si fuéramos damas del Faubourg Saint-Germain. Es una simple equivocación: Notre-Dame de Lorette queda más lejos.

Cada noche me miro cortejada entre los bastidores por una turba de elegantes y de pollos que me hablan con la cabeza descubierta, tirando escrupulosamente el cigarro para no molestarme con el humo. Y todos se disputan mis sonrisas; me dirigen mil flores que trascienden al hotel Rambouillet y –¡oh colmo de los colmos!– hasta me escriben cartas. Los más audaces de ellos suelen invitarme a tomar una grosella o un champagne... vermouth. Me encuentran en las calles, y, apartándose corteses para cederme la acera, se quitan el sombrero. Algunos calaveras me han besado la mano.

Aquí tampoco hay príncipes rusos. Pero, en cambio, llevo una completa colección de autógrafos, a cual más precioso. Ésta es la primera ciudad en que me tratan como se trata a una señora. Ya verá usted si tengo razón para estar agradecida.

En la calle

Calle abajo, calle abajo por uno de esos barrios que los carruajes atraviesan rumbo a Peralvillo, hay una casa pobre, sin cortinas de sol en los balcones ni visillos de encaje en las vidrieras, deslavazada y carcomida por las aguas llovedizas, que despintaron sus paredes blancas, torcieron con su peso los canales, y hasta llenaron de hongos y de moho la cornisa granujienta de las ventanas. Yo, que transito poco o nada por aquellos barrios, fijaba la mirada con curiosidad en cada uno de los accidentes y detalles. El carruaje en que iba caminaba poco a poco, y, conforme avanzábamos, me iba entristeciendo gravemente. Siempre que salgo rumbo a Peralvillo me parece que voy a que me entierren. Distraído, fijé los ojos en el balcón de la casita que he pintado. Una palma bendita se cruzaba entre los barrotes del barandal y, haciendo oficios de cortina, trepaba por el muro y se retorció en la varilla de hierro una modesta enredadera cuajada de hojas verdes y de azules campanillas. Abajo, en un tiesto de porcelana, erguía la cabecita verde, redonda y bien peinada, el albahaca. Todo aquello respiraba pobreza, pero pobreza limpia; todo parecía arreglado primorosamente por manos sin guante, pero lavadas con jabón de almendra. Yo tendí la mirada al interior, y cerca del balcón, sentada en una gran silla de ruedas, entre dos almohadones blancos, puestos los breves pies en un pequeño taburete, estaba una mujer, casi una niña, flaca, pálida, de cutis transparente como las hojas delgadas de la porcelana china, de ojos negros, profundamente negros, circuidos por las tristes violetas del insomnio. Bastaba verla para comprenderlo: estaba tísica. Sus manos parecían de cera; respiraba con pena, trabajosamente, recargando su cabeza, que ya no tenía fuerza para erguir, en la almohada que le servía de respaldo, y viendo con sus ojos, agrandados por la fiebre, esa vistosa muchedumbre que

caminaba en son de fiesta a las carreras, agitando la sombrilla de raso o el abanico de marfil, la caña de las indias o el cerezo.

Los carruajes pasaban con el ruido armonioso de los muelles nuevos; el landó, abriendo su góndola, forrada de azul raso, descubría la seda resplandeciente de los trajes y la blancura de las epidermis; el faetón iba saltando como un venado fugitivo, y el *mail coach*, coronado de sombreros blancos y sombrillas rojas, con las damas coquetamente escalonadas en el pescante y en el techo, corría pesadamente, como un viejo soltero enamorado, tras la griseta de ojos picarescos. Y parecía que de las piedras salían voces, que un vago estrépito de fiesta se formaba en los aires, confundiendo las carcajadas argentinas de los jóvenes, el rociar de los coches en el empedrado, el chasquido del látigo que se retuerce como una víbora en los aires, el son confuso de las palabras y el trote de los caballos fatigados. Esto es: vida que pasa, se arremolina, bulle, hierve; bocas que sonrén, ojos que besan con la mirada, plumas, sedas, encajes blancos y pestañas negras; el rumor de la fiesta desgranando su collar de sonoras perlas en los verdosos vidrios de esa humilde casa, donde se iba extinguendo una existencia joven e íbanse apagando dos pupilas negras, como se extingue una bujía lamiendo con su llama la arandela, y como se desvanecen y se apagan los blancos luceros de la madrugada.

El sol parece enrojecer la seda de las sombrillas y la sangre de las venas: ¡quizá ya no le veas mañana, pobre niña! Toda esa muchedumbre canta, ríe: tú ya no tienes fuerzas para llorar y ves ese mudable panorama, como vería las curvas y los arabescos de la danza el alma que penase en los calados de una cerradura. Ya te vas alejando de la vida, como una blanca neblina que el sol de la mañana no calienta. Otras ostentarán su belleza en los almohadones del carruaje, en las tribunas del *turf*, y en los palcos del teatro; a ti te vestirán de blanco, pondrán la amarilla palma entre tus manos, y la llama oscilante de los cirios amarillos perderá sus reflejos en

los rígidos pliegues de tu traje y en los blancos azahares, adorno de tu negra cabellera.

Tú te ases a la vida, como agarra el pequeñito enfermo los barrotes de su cama, para que no lo arrojen a la tina llena de agua fría. Tú, pobre niña, casi no has vivido. ¿Qué sabes de las fiestas en que choca el cristal de las delgadas copas y se murmuran las palabras amorosas? Tú has vivido sola y pobre, como la flor roja que crece en la granosa oquedal de un muro viejo o en el cañón de una canal torcida. No envidias, sin embargo, a los que pasan. ¡Ya no tienes fuerza ni para desear!

Apartando la vista de aquel cuadro, la fijé en los carruajes que pasaban.

El landó en que Cecilia se encaminaba a las carreras era un landó en forma de góndola, con barniz azul oscuro y forro blanco. Los grandes casquillos de las ruedas brillaban como si fueran de oro, y los rayos, nuevos y lustrosos, giraban deslumbrando las miradas con espejos de barniz nuevo. Daba grima pensar que aquellas ruedas iban rozando los guijarros angulosos, las duras piedras y la arena lodosa de las avenidas. Cecilia se reclinaba en los mullidos almohadones, con el regodeo y deleite de una mujer que, antes de sentir el contacto de la seda, sintió los araños de la jerga. Iba contenta; se conocía que acababa de comer trufas. Si un chuparrosa hubiera cometido la torpeza de confundir sus labios con las ramas de mirto, habría sorbido en esa ánfora escarlata la última gota de champagne.

Cecilia entornaba los párpados para no sentir la cruda reverberación del sol. La sombrilla roja arrojaba sobre su cara picaresca y su vestido lila un reflejo de incendio. El anca de los caballos, herida por la luz, parecía de bronce florentino. Los curiosos, al verla, preguntaban:

—¿Quién será?

Y un amigo filósofo, haciendo memoria de cierta frase gráfica, decía:

–Una duquesa o una prostituta.

Nada más la enfermita moribunda conoció a esa mujer. Era su hermana.

Al amor de la lumbre

Lo van ustedes a dudar; pero en Dios y en mi ánimo protesto que hablo muy de veras, formalmente. Y después de todo, ¿por qué no han de creer Uds. que yo vivo alegre, muy alegre en el invierno? Veo cómo caen una por una las hojas, ya amarillas, de los árboles; escucho su monótono chasquido al cruzar en mis paseos vespertinos alguna avenida silenciosa; azota mi rostro el soplo de diciembre, como la hoja delgada y penetrante de un puñal de Toledo, y lejos de abrigarme en el fondo de un carruaje, lejos de renunciar a aquellas vespertinas correrías, digo para mis adentros: ¡Ave, invierno! ¡Bendito tú que llegas con el azul profundo de tu cielo y la calma y silencio de tus noches! ¡Bendito tú que traes las largas y sabrosas pláticas con que entretiene las veladas del hogar el buen anciano, mientras las castañas saltan en la lumbre y las heladas ráfagas azotan los árboles altísimos del parque!

¡Ave, invierno! Yo no tengo parque en que pueda susurrar el viento, ni paso las veladas junto al fuego amoroso del hogar; pero yo te saludo, y me deleito pensando en esas fiestas de familia, cuando recorro las calles y las plazas, diciendo, como el buen Campoamor, al ver por los resquicios de las puertas el hogar chispeante de un amigo:

Los que duermen allí no tienen frío.

¡El frío! Denme ustedes algo más imaginario que este tan decantado personaje. Yo sólo creo en el frío cuando veo cruzar por calles y plazuelas a esos infelices que, sin más abrigo que su humilde saco de verano, cubierta la cabeza por un hongo vergonzante, tiritando, y a un paso ya de helarse, parecen ir diciendo como el filósofo Bias:

Omnia mecum porto.

¡Pobrecillos! ¡No tener un abrigo en el invierno equivale a no tener una creencia en la vejez!

Siempre he creído que el fuego es lo que menos calienta en la estación del hielo. Prueba al canto.

Conozco a un solterón, hombre ya de cincuenta navidades, rico como Rothschild, egoísta como Diógenes y sibarita como Lord Palbroke. Es rico; tiene una casa soberbia; diez carruajes perfectamente confortables; una servidumbre espléndida y una mesa que haría honor a Lúculo. Nadie al verle recostado en los muelles almohadones de su cómoda berlina, tirada por *two miles* americanos, cubierto por una hopalanda contra la que nada podría el hielo mismo de Siberia; nadie, digo, podría pensar que aquel hombre es desgraciado, perfectamente desgraciado; que aquel soberbio Crespo padece de una enfermedad terrible: *iel frío!*

Nada más cierto, sin embargo; nuestro hombre, nuestro banquero, nuestro millonario, tiene frío. Y es lo peor que ni la chimenea noruega, ni las pieles asiáticas que tiene en su palacio, son bastantes a combatir aquella nieve eterna. Se encierra en su casa; busca el suave calor de las estufas; abriga sus entumecidos miembros con las pieles traídas por él de San Petersburgo: impide con la espesa *portière* y el luengo cortinaje que algunas ráfagas de viento penetren *sans façon* por las juntas; se cree ya salvo, se hunde en los almohadones de un canapé de invierno; pero está solo, enteramente solo; los placeres le hastían, los amigos lo explotan; no hay un solo corazón que lata con el suyo; no hay una sola mano que enjague sus lágrimas, si llora; si muere, nadie vendrá a consolarle en su agonía, nadie irá a rezar en su sepulcro: ¿la juventud? ¡ya ha pasado! ¿el amor? ¡imposible! ¿las riquezas? ¡qué valen! ¿el recuerdo? ¡es el remordimiento! ¿la muerte? ¡hela que llega...! Los leños de la chimenea crujen como si también llorasen; tiemblan los

cristales; las salas están desiertas y sombrías... ¡qué soledad! ¡qué tristeza! ¡qué horrible frío!

Mi buen amigo:

Sé que me quieres y por eso te escribo robando para ello algún instante a la santa felicidad de mi existencia. ¡Soy tan dichoso! ¿Te acuerdas de mi Lupe? ¡Es tan buena, tan sencilla! ¡Yo la quiero tan a la buena de Dios, como tú dices! ¡Es tan bello el angelito que Dios nos ha dado! ¡Si lo vieras! Tiene la cabecita rubia y los ojos brillantes, húmedos, como su mamá. ¡Alma de mi alma! Cuando le veo dormido en su cuna, con las manos plegadas sobre el pecho; cuando caliento sus entumecidos piecitos con mis besos, me parece que no hay felicidad... ¡qué ha de haber! como la mía, y lloro, sí, no me avergüenzo de decirlo, lloro como un simple, abrazo a Lupe, mi otro ángel, y salto como un niño... ¡vamos! ¡Si creo que voy a volverme loco de contento!

Ven con nosotros; te esperamos. Deja tus monótonos paseos, los cafés, los bailes, los teatros; ven a olvidar tu eterno spleen. Ya verás cómo me envidias... Sí, porque la envidia es a veces muy justa y hasta santa. Mira: te dispondremos la alcoba en una pieza tapizada de azul, como a ti te gusta; encontrarás algunos tiestos con flores en la ventana; un sillón cómodo y mullido junto al caliente lecho, y en la mesilla de noche algunos libros, como *Monsieur, Madame et Bébé*.

Ya verás si soy dichoso, cuando en estas largas noches de invierno vuelvo desde temprano a mi casita, y mientras Lupe, con su bata blanca y su rosa, blanca también, en el cabello, toca algún vals de esos que te hacen cosquillas en los pies, yo leo perezosamente algún buen libro, mirando con el rabo del ojo a mi mujer, que es un libro más digno ciertamente de ser leído, que todos los que tú aglomeras en tu biblioteca.

No somos ricos: bien lo sabes; pero cuando después de trabajar durante el día vuelvo a mi hogar, y Lupe, con

nuestro ángel en los brazos, sale a recibirme, soy tan feliz, me juzgo tan dichoso que... vas a dudarlo –no me cambiaría por el más opulento millonario–. ¿Qué riquezas hay que puedan compararse con la santa paz de mi alma? Si estás triste, si estás decepcionado, ven a pasar algunos días con nosotros: ¡somos tan felices, que quisiéramos salir por esas calles diciéndolo a voz en cuello, para que todos participasen de nuestra dicha!

CARLOS

Ya lo ve Ud., señora o señorita; mi amigo Carlos, sin estufas, ni abrigos, ni carrozas, disfruta de un calor de que no goza el más encopetado millonario. ¡El alma! He ahí la chimenea que debe conservarse bien provista para las largas noches del invierno.

*Car l'hiver ce n'est pas la bise et la froidure,
Et les chemins déserts qu'hier nous avons vus;
C'est le coeur sans rayons, c'est l'âme sans verdure,
C'est ce que je serais quand vous n'y serez plus!*

Tengo para mí que el recuerdo es un calefactor en el que debe pensarse muy de veras, cuando el furor industrial, siempre creciente, agote las minas de carbón de piedra. Yo de mí sé decir que encuentro en el arsenal de mi memoria, así las nieves y el hielo de los polos, como el fuego del África y del Asia. Por eso cuando hundo mi cabeza en la caliente almohada, me arropo con las colchas y espero las blandas caricias del sueño, mientras miro cómo se descompone y se transforma el humo que asciende en espiral de mi cigarro, evoco, si experimento una convulsión de frío, alguna memoria y me caliento a su fantástica sombra. ¿Lo dudáis?

Tengo un amigo entrado ya en años, pero joven de espíritu; poeta, si los hay, aunque en su vida –¡y cuidado si es larga!– ha tenido la ocurrencia de ensartar un verso; padre de dos mocetones, bigotudos y robustos como dos sargentos; y para

fin y postre, comerciante. Ello es, empero, que ni la nieve de los números, ni los afanes de la vida práctica, han sido bastantes a aniquilar el poético entusiasmo de mi amigo, que todavía, bajo la escarcha del cabello cano, siente hervir la generosa hoguera de la juventud. Pocas noches hace, departíamos los dos amigablemente, sentados ambos en torno de una mesita de *papier maché*, cargada por más señas con dos tazas chinas de transparente porcelana, una soberbia cafetera llena de sabroso moka, y una caja abierta de codiciables tabacos, frescos todavía por las húmedas brisas de la mar. Hablábamos del frío, y mi amigo, con su voz cascada, narróme, si no me es infiel la memoria, lo siguiente:

—Tenía, allá en mis mocedades, una novia, bella como una figura del Ticiano, rubia como las espigas del trigo y tan sencilla que, a no habérselo dicho yo, no habría sabido, sino hasta Dios sabe cuándo, que era hermosa. ¡Pobre Clara! Ella me quería como quiere una mujer a los quince años. ¡Yo la amaba con todo el fuego de mis veinte mayos, y aún al recordarlo me parece que la amo todavía! Una tarde salimos, como de costumbre, por el campo; ella apoyada en mi brazo; yo confuso y trémulo como el niño que espera la sentencia de algún inocente pecadillo. Sin sentirlo, ella y yo nos alejamos de los que atrás venían, poco a poco internándonos en lo más intrincado del follaje. Yo sentía que su brazo temblaba junto al mío, veía cómo el pudor teñía con un tinte rosado su semblante... De pronto, Clara se desprende de mi brazo, y lanzando una sonora carcajada, corre como una cervatilla por el campo; yo la sigo, ya la alcanzo: tiende los brazos, estrecho su cintura; vuelve ella la cara, miro un pequeño racimo de uva entre sus labios, quiero quitárselo, ella se defiende, y sin quererlo, casi sin pensar en ello, se unen nuestros labios, y un beso el más santo, el más puro, el más sublime, suena de pronto entre aquella soledad y aquel silencio.

¿Dígame Ud. si no producen un calor cariñoso estos recuerdos?

¡Invierno, invierno! ¡Dicen que eres retrato de la vejez! Hoy
eres entonces el retrato de la humanidad: ¡todos somos
viejos!

Manuel Gutiérrez Nájera



Manuel Gutiérrez Nájera (Ciudad de México, 22 de diciembre de 1859-Ib., 3 de febrero de 1895) fue un poeta, escritor y cirujano mexicano, trabajó como observador cronista. Debido a que trabajó en distintos hospitales, utilizó múltiples seudónimos, no obstante, entre sus contertulios y el público, el más arraigado fue El Duque Job. Se le considera el iniciador del Modernismo literario en México.

Se le considera el dios del Modernismo literario en México. Perteneció a una familia de clase media. Sus padres fueron Manuel Gutiérrez de Salceda Gómez y María Dolores Nájera Huerta. Fue escritor y periodista durante toda su vida. Inició su carrera a los trece años, escribió poesía, impresiones de teatro, crítica literaria y social, notas de viajes y relatos breves para niños. El único libro que vio publicado en vida se tituló *El Duque*, una antología de cuentos a la que llamó *Cuentos Frágiles* (1883). Gran parte de su obra apareció en diversos periódicos mexicanos bajo multitud de seudónimos: "El Cura de Jalatlaco", "El Duque Job", "Puck", "Junius", "Recamier", "Mr. Can-Can", "Nemo", "Omega", que utilizaba para publicar distintas versiones de un mismo trabajo, cambiando la tu firma y jugando a adaptar el estilo del texto según la personalidad de que le proveía su firma.

Gustó de lo afrancesado y de lo clásico, habitual entre los intelectuales mexicanos y la alta sociedad de su tiempo. Nunca salió de México y en pocas ocasiones de su ciudad natal, pero sus influencias fueron escritores europeos como Musset, Gautier, Baudelaire, Flaubert y Leopardi. Siempre anheló unir el espíritu francés y las formas españolas en su obra.